



*One Night With
Her Bodyguard*

Noelle Adams



Créditos

Moderadora

Aciditax

Traductores

Aciditax
Akira
Clalisjuli95

Jhos
Leonia
SagrarioHdzRD

Recopiladoras

Aciditax

bibliotecaria70

Correctoras

Aciditax
Caro 🎵
Hanna

LadyPandora
lavii
Viqijb

Revisión Final

Maia8

Diseño

Pilar



Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Sobre la autora

A Negotiated Marriage

Sinopsis

Traducida por Aciditax

Corregida por lavii

e ofreció más que su protección... para una noche caliente.

L Como hija de un magnate de Hollywood, la introvertida Kenyon Claire está acostumbrada a ser forzada estar en el centro de atención, no importa cuánto trate de vivir una vida tranquila. Cuando su padre recibe una amenaza dirigida a ella, él la rodea de seguridad, incluyendo al sexy Michael Lyle, quien le ofrece una protección muy cercana.

Michael siempre ha sido profesional e impasible con Claire, así que ella no está preparada para las profundidades que él ha estado escondiendo. Pero es su guardaespaldas, y hay líneas que él nunca cruzará. Cuanto más irresistible lo encuentra, él más planea resistirse.

Pero entonces todo cambia en una sola noche...

Uno

Traducido por Leonia

Corregido por Aciditax

Claire Kenyon estaba tomando la segunda taza de café cuando Michael irrumpió en su apartamento sin golpear la puerta. Había terminado la primera taza durante el proceso de vestirse, por eso no llevaba más que un sostén negro y unas pequeñas bragas de algodón.

Se ahogó por la sorpresa de ver a Michael Lyle en dónde no se suponía que debía estar.

Era grande, más de quince centímetros más alto que ella con una complexión atlética y de anchos hombros, y parecía ocupar todo el espacio de su pequeña cocina. Vestía su atuendo normal de pantalones oscuros y camisa de vestir.

—¡Ey! ¿Qué demonios estás...?

Antes de que pudiese terminar la furiosa exclamación, Michael la había empujado dentro de la despensa.

Sus fríos ojos azules estaban terriblemente serios.

—No se mueva. Quédese aquí.

Y luego le cerró la puerta de la despensa en la cara.

Michael había sido el jefe del equipo personal de seguridad de su padre por casi seis años. Ella no vivía con su padre desde que tenía veintiuno, pero iba muy a menudo a su casa, por lo que conocía a Michael desde hacía tiempo. Lo estaba viendo más seguido desde que su padre había recibido una

amenaza dirigida a ella y le había ordenado a su equipo vigilarla las veinticuatro horas del día.

Siendo extremadamente introvertida, Claire tenía dificultades para hablar frecuentemente con personas que no conocía, pero no había sido tímida con Michael por años. De hecho, sabía montar un escándalo cuando él le ordenaba “quedarse” de esa manera tan brusca.

Pero no lo hizo esta mañana. Su expresión, invariablemente estoica, estaba más tensa de lo normal, y sostenía un arma en su mano.

Algo estaba mal.

Su alacena era una habitación, pero no había demasiado espacio extra. Y además estaba oscura como el alquitrán, ya que el interruptor estaba del lado de afuera.

No disfrutaba particularmente de estar atrapada en lugares pequeños y oscuros, pero afortunadamente, la claustrofobia no era una de sus neurosis. Podía aguantar la falta de luz y espacio. Lo que no podía manejar era saber que había peligro en algún lugar allí afuera y no tener idea de qué se trataba.

Estaba temblando, diez minutos después, cuando finalmente Michael abrió la puerta. Parpadeó varias veces mientras sus ojos se acostumbraban a la luz. Cuando pudo ver con claridad, su mirada se posó en la cara afeitada y la mandíbula cuadrada de Michael y su expresión inescrutable. Sus ojos la escanearon de cerca mientras ella le echaba una mirada.

Asumió que sólo estaba comprobando su condición, pero estaba incómodamente consciente de que todavía estaba sólo en ropa interior.

Él se giró sin hablar y salió de la cocina. En alguien más, la abrupta partida podría indicar mala educación, pero Michael sólo estaba siendo él mismo.

Nunca hablaba a menos que tuviese algo que decir. Era una cualidad que ella apreciaba en él.

Cuando volvió, ella manoteó la esponjosa bata que le trajo del baño.

—Recuerde, sólo soy parte de los muebles —murmuró, evadiendo mirarla hasta que se hubo atado la bata.

Esa era su frase, siempre que ella se quejaba de que un miembro del equipo de seguridad estaba merodeando o porque necesitaba más espacio. Ellos eran parte de los muebles, siempre decían eso, y ella debía tratarlos como tal.

Quería gruñir cada vez que lo escuchaba.

—No me interesa si me viste en ropa interior —dijo—. Sólo dime que está sucediendo. —Su voz estaba un poco temblorosa ya que todavía no había recuperado el aliento.

—Todo está bien. No hay emergencia. —Vertió café en la taza que ella había dejado en la mesa antes, añadió crema, y se lo dio.

Ella lo sostuvo con ambas manos mientras tomaba un sorbo, el líquido caliente y reconfortante mientras tragaba. Luego.

—Bueno, ¿cuál creíste que era el problema para que me encierres en la despensa?

Él puso una mano en su espalda y la llevó de la cocina al comedor, en dónde le alcanzó una silla en la mesa.

Ella se sentó porque sus rodillas estaban un poco flojas. No porque él se lo mandase.

—Dime qué está sucediendo —demandó mientras él se sentaba al otro lado de la mesa.

Hubo un tiempo en el que había odiado a Michael más que a nadie que conociera. Creía que era frío, avasallador, molesto y completamente descorazonado.

Ahora, sólo pensaba que era avasallador y molesto algunas veces. Ya no lo odiaba más.

—Trabajas para mí —insistió ya que él permanecía callado—. Dime.

—Trabajo para su padre —corrigió él

—Pero no soy una niña. Tengo veinticinco años, y tengo derecho a saber sobre algo que afecta mi vida, esto claramente lo hace. Dime.

—Había alguien sin autorización en el edificio —explicó él, su tono calmado e impersonal como siempre.

Michael no era un hombre malvado, sin importar lo que ella pensara de él cinco años atrás. De hecho, en el tiempo que lo conocía, había notado que algunas veces era sorprendentemente considerado, como cuando había buscado por horas al gato perdido que pertenecía a la hija de uno de los miembros de limpieza de su padre. No había parado de buscar hasta que hubo encontrado al gato.

Ella sabía que era un buen hombre en su desvinculada forma, pero nunca había sido amigable con ella, o incluso casualmente simpático. Sin importar su humor, sin importar como se comportase, sin importar la situación, él era siempre, siempre profesional.

—¿Quién era? —preguntó. Sus manos ya no temblaban tanto ahora, y su voz había vuelto a la normalidad, para su alivio. No le gustaba sentirse débil y tonta con Michael. Él era la clase de hombre que respetaba la fortaleza.

—Era el exnovio de una mujer en el apartamento debajo del suyo. Se coló para verla ya que ella no le respondía las llamadas. No tenía nada que ver con usted.

Ella asintió y siguió dándole sorbos al café mientras Michael chequeaba algo en su teléfono inteligente. Ella supuso que había recibido un mensaje con más información.

Ya que se sentía mejor, se levantó para servirle una taza de café a Michael. Había aprendido a no preguntar, ya que él le respondería “no” a su oferta, pero siempre se lo tomaría si ella sólo se lo ponía enfrente.

Mientras volvía a tomar asiento, notó que su bata se estaba abriendo, mostrando mucho escote y una pequeña muestra del sostén de encaje.

No era como si Michael alguna vez la fuera a mirar lascivamente, él era evidentemente inmune a todo potencial encanto femenino que ella poseyese, pero igual... Se cerró la bata.

—¿Cuál es su itinerario de hoy? —preguntó él, tomando el café que ella le había dado y tomando un gran trago.

—Tengo que estar en el Centro desde las nueve hasta el mediodía, ya que nuestro voluntario usual está de vacaciones.

Él asintió, más para reconocer que la ella había hablado que para mostrar algún interés.

—Luego necesito reponer algunos suministros. Oh, e ir a la tienda de arte en Willow.

Claire era la directora asistente de un centro comunitario urbano. Había comenzado como voluntaria, enseñando arte a niños durante la universidad como parte de un proyecto de servicio comunitario requerido para la clase de sociología, pero ahora era una empleada paga. Disfrutaba el trabajo, pero la interacción social había sido terriblemente difícil cuando recién había comenzado, ya que era increíblemente tímida. Mucho de su trabajo era con niños, sin embargo. Le gustaban mucho los niños y no se ponía tan nerviosa alrededor de ellos como con los adultos, y ahora conocía a la mayoría de las personas en el barrio igualmente.

No era un trabajo bien pagado, y nunca podría mantenerse gracias a él. Sólo podía permitirse su lindo apartamento porque su padre era el jefe de uno de los estudios de cine más exitosos de Hollywood.

—Tiene que ir a lo de su padre antes de ir a trabajar —dijo Michael, levantado la vista de su teléfono inteligente.

Ella parpadeó.

—¿Discúlpame?

—Su padre necesita hablar con usted, y pidió que vaya primero.

Casi gimió.

—¿Por qué no levantó el teléfono simplemente?

Michael, obviamente, ignoró la pregunta.

Pensándolo, Claire, reprimió un jadeo. Su padre sólo requería una reunión de una manera tan indirecta cuando tenía que discutir algo serio.

Repentinamente sabía el propósito de la reunión de hoy.

Su padre estaba enojado por algo que había descubierto y quería darle un sermón al respecto.

Miró a Michael con los ojos entrecerrados, preguntándose si él tendría la culpa.

Había sido famoso en el pasado por descubrir cosas que no tenía que descubrir.

Aunque nunca le había contado a nadie sobre ellas.

Cinco años atrás, cuando ella había empezado a salir en secreto con un miembro del equipo de seguridad de su padre, Michael no le había dicho a nadie sobre ellos, aun así.

Simplemente había despedido a Brandon, el guardaespaldas en cuestión.

Claire había seguido saliendo con Brandon por varios meses luego de que lo echaron, hasta que se dio cuenta que él sólo quería mayormente un viaje gratis en los faldones de una mujer rica.

Ese fue el año que Claire odió a Michael.

Desde entonces, Michael nunca había contratado a otro hombre joven y atractivo como parte del equipo.

Michael era bastante joven él mismo, entre treinta y treinta y cinco años, suponía ella, y era atractivo en una forma grande, robusta y de pelo oscuro.

Pero era completamente diferente a la hermosura esbelta, encantadora y rubia de Brandon. Además, el máximo profesionalismo de Michael haría imposible que se enamorase de su protegida.

Incluso si él estaba remotamente atraído por ella. Lo que obviamente no estaba.

—¿Estaría lista en quince o veinte minutos? —preguntó Michael.

Claire asintió. Ella era de bajo mantenimiento y rara vez portaba mucho maquillaje. Ya que se había bañado y secado el cabello ya, todo lo que tenía que hacer era ponerse ropa.

Luego miró el reloj sorprendida.

—¿Qué estás haciendo aquí de todos modos? ¿Dónde está Rick?

—Rick ya no forma parte del personal.

—¿Qué sucedió? Me agrada Rick.

Michael sólo la miró sin emoción, de la manera en la que siempre la miraba cuando no iba a responder sus preguntas.

No respondía sus preguntas a menudo.

—Me gustaba Rick. Y ciertamente no estaba acostándome con él.

—Sé que no estaba acostándose con él. Si cree que esa es la única razón que tengo para despedir a alguien, ciertamente ha subestimado mis requerimientos para el equipo.

Ella frunció el ceño.

—Él estaba en buena forma y todo.

Michael sólo la miró.

—Hacía bien su trabajo. Y me agradaba. Me hacía reír. —A Claire le había gustado Rick, y también despreciaba la idea de acostumbrarse a alguien más.

—Entiendo que esté decepcionada, Srta. Kenyon, pero hacerle reír no era parte de su trabajo.

Claire tomó un respiro hondo para no ladrarle. No tenía sentido iniciar una discusión con Michael, aunque lo habían intentado muchas, muchas veces anteriormente. Él nunca discutiría de una manera satisfactoria. No se molestaría o enojaría. Intentaría responder con genuinas objeciones pero de otra forma simplemente a ignoraría, su expresión era impasible como siempre.

Nunca había conocido alguien tan frustrante para discutir.

Ella sabía que él esperaba una discusión de su parte ahora. Nunca la llamaba Claire, pero sólo la llamaba Srta. Kenyon cuando pensaba que estaba cansada de él.

Arreglándoselas para mantener el nivel de su voz, dijo:

—Pero hizo bien todas las cosas que si eran parte de su trabajo. Era un guardaespaldas perfectamente bueno para el turno noche. De todos modos, es quedarse sentado por ahí mayormente.

Incluso mientras decía las palabras, se dio cuenta de que Rick no había cumplido con los deberes requeridos exactamente. No la había atrapado o ni siquiera había notado cuando se escabullía todos los jueves en la noche por las últimas seis semanas.

Pero Michael no sabía eso.

O quizás sí.

Su padre, después de todo, la estaba convocando a un sermón esta mañana.

Dejó caer la mirada y no habló, dejando afuera todo sus alrededores para recobrar su equilibrio. Ella y su padre siempre lo llamaban “cerrarse”. Lo había hecho todo el tiempo cuando era una niña, tan tímida que era casi debilitante, pero había mejorado a medida que crecía. No tenía que recurrir a ello tan a menudo como solía, y usualmente sólo unos segundos era todo lo que necesitaba.

Algunas veces simplemente no podía evitarlo. La interacción social era siempre estresante para ella. Le agradaba la gente genuinamente, y disfrutaba de hablar con gente que conocía bien, siempre que no fuese en

grupos grandes y la interacción no se volviese muy intensa. Cuando lo hacía, su instinto siempre era retirarse, esconderse dónde era seguro. Ya que no siempre podía salir de la habitación, cerrarse era la manera en que la que sobrellevaba conversaciones difíciles.

Esa mañana no había perdido los estribos tan rápido como siempre, probablemente porque se había puesto muy ansiosa antes mientras esperaba en la despensa.

Estar con Michael nunca era difícil para ella, ya que lo conocía muy bien. En el momento, a pesar de todo, deseaba que se fuera. Incluso cuando intentaba dejarlo afuera y retraerse a su mente por unos momentos, podía sentirlo mirarla en silencio.

Al menos no decía nada. Al menos no la forzaba a hablar antes de que estuviese lista y luego derramar sus más íntimos sentimientos como si estuviese psicológicamente enferma de la manera que lo había hecho su antigua madrastra.

Escuchó a Michael levantarse e irse, y dejó salir una exhalación de alivio al haberse quedado sola, aunque sea por sólo unos segundos. La fría ola de vulnerabilidad desapareció mientras se miraba las manos y se visualizaba pintando una escena desierta en un lienzo vacío.

Ni había notado que Michael había regresado al comedor hasta que le puso delante una nueva taza de café en la mesa, tomó su mano y envolvió sus dedos alrededor de ella.

Lo levantó para beber automáticamente.

Tragó un sorbo y sintió una nueva ola llenarla, una de gran vergüenza.

Michael era tan genial, competente y estaba tan en control como nadie que hubiese conocido. Debe pensar que ella era una ruina lastimosa, que ni siquiera era capaz de llevar a cabo una simple conversación.

Nunca le habló sobre su ansiedad social, pero él estaba tan seguido con ella que no podía no saber al respecto.

Sus mejillas ardían mientras tomaba otro sorbo, todavía incapaz de mirarlo a los ojos.

—Srta. Kenyon —dijo Michael, como si de alguna manera pudiese diferenciar su ausencia avergonzada de ahora y su ausencia reparadora de antes.

—¿Qué?

No respondió inmediatamente. Cuando ella no lo miró a los ojos, él repitió:

—Srta. Kenyon.

—Dije ¿qué? —Se estaba comenzando a fastidiar.

De nuevo, el no respondió. Sólo estaba ahí sentado en un silencio enfurecedor. Cuando ella aún no había levantado la mirada, él dijo de nuevo:

—Srta. Kenyon.

Su molestia la empujó fuera de su vergüenza. Levantó la cabeza para mirarlo de mala manera.

—Por la tercera vez, ¿qué demonios quieres?

A pesar de su tono, sus ojos se veían casi apacibles mientras se posaban en ella.

—Su padre nos espera en poco tiempo.

Frunció el ceño pero reprimió una respuesta, ya que estaba intentando no actuar como una gruñona con la gente que trabajaba para su padre.

Se levantó y se dirigió a su habitación para vestirse, tanto su parálisis como su vergüenza completamente olvidadas.

Dos

Traducido por Aciditax

Corregido por Hanna

Treinta y cinco minutos más tarde, Claire entró a la enorme mansión de su padre en las colinas de Hollywood, vestida con vaqueros y una chaqueta de terciopelo verde con el pelo rubio oscuro recogido en una coleta baja.

Ella había estado charlando con el chófer de su padre, Roger, sobre el caso de mala gripe de su mujer, hasta que Michael se había aclarado la garganta para apresurarla. Ahora Michael estaba en su posición normal de dos pasos detrás de ella.

Claire dio un beso a Stella, el ama de llaves de su padre por más de treinta años, y le susurró:

—¿Sabes lo que está pasando?

Stella la había saludado con su normal cálido afecto, pero ahora ella se apartó e hizo una mueca renuente, lo que significaba que algo desagradable iba a suceder.

—Mierda —susurró Claire.

Su padre debía haber descubierto que había estado escabulléndose de su protección. Ella era una adulta. Su padre no podía obligarla a ser protegida, si ella se negaba, y ambos lo sabían. Pero él se preocuparía hasta un ataque al corazón si se sublevaba, y ella no podía hacerlo sufrir de esa manera.

—Está en el porche de desayuno —dijo Stella, sin más información acerca del desagradable inminente.

Durante el verano, su padre comía el desayuno junto a la piscina, pero en el invierno comía en un porche de cristal para tomar el sol, lleno de helechos y flores en macetas.

Claire lo encontró allí y se sentó frente a él, después se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Hola, calabaza —dijo con una sonrisa—. Toma un poco de café y un panque.

Ella tomó un panque de arándanos y se sirvió un vaso de jugo de naranja, ya que no había tenido tiempo para desayunar, pero había tomado un montón de café ya.

Su padre la había estado llamando "calabaza" durante toda su vida. Cuando era una adolescente, había pasado años tratando de corregirlo, prácticamente rogando para que la llamara algo menos infantil.

Nunca había sido capaz de cambiar su hábito, y ahora ni siquiera importaba ya.

Ella lo amaba, y ellos eran la única familia que habían tenido. Él podía llamarla como quisiera si eso lo hacía feliz.

Sus ojos, de un marrón cálido que eran exactamente del mismo color que los de ella, se apoyaban en su sobriedad.

Sin pensarlo, se dio la vuelta para mirar a Michael, que estaba de pie en silencio en un rincón de la habitación, tratando de mezclarse con los muebles.

Debía haber encontrado alguna manera de enterarse que había estado saliendo a hurtadillas en las noches de los jueves y chismeado a su padre.

—No es una gran cosa, papá —dijo ella rápidamente, decidiendo que era mejor enfrentar esta presión en lugar de esperar a que él la presionara.

Su padre parpadeó.

—¿No lo es?

—No. No lo es. No pasó nada. Estaba completamente segura. Tengo que estar sola a veces. Sólo tengo que.

Su padre no era en extremo introvertido, no era una persona introvertida, en absoluto, sino que siempre había tratado de comprender su naturaleza distinta. Él siempre hizo todo lo posible para dar cabida a sus necesidades, ya que su mundo en Hollywood a menudo la forzaba a un estilo de vida que era increíblemente difícil para alguien con su personalidad.

No quería molestarle, pero seguramente entendería esto.

Sus ojos se habían estrechado pensativamente.

—Estás sola cuando estás en casa en tu apartamento, ¿no?

—No mucho. —Cortó otra mirada rápida a Michael en la esquina—. Siempre están flotando.

—No en tu apartamento, sin duda.

—No. Pero conozco a alguien siempre está ahí. Justo afuera. Los siento allí todo el tiempo. He tratado de hacerlo lo mejor posible, ya sé que la seguridad es importante para ti. Pero no puedo hacerlo todo el tiempo. Yo simplemente no puedo.

—Entiendo que es difícil para ti tener gente a tu alrededor que no conoces muy bien, pero es sólo por un par de meses, hasta que localicemos a esta posible amenaza. —Su padre estaba hablando lentamente, un poco extraño.

—Pero yo realmente no creo que haya una amenaza. Quiero decir, hubo una nota al azar hace dos meses y luego nada desde entonces. No puedo vivir así. Ya es bastante malo para la gente normal estar rodeado de guardaespaldas, pero para mí...

—Eres una persona normal —interrumpió su padre, algo de enfado estallando en sus ojos—. Ser introvertido no es una enfermedad psicológica. No te atrevas a insinuar lo contrario.

Claire frotó la cara, tanto frustrada como conmovida por el fervor de su padre. Él se había vuelto a casar cuando ella tenía doce años, y durante los

siguientes cuatro años de su vida había escuchado pelea tras pele entre su padre y su madrastra acerca de si su timidez extrema es una condición que necesitara tratamiento profesional.

Su madrastra, al igual que una gran parte del resto del mundo, pensaba que la única manera de estar sano era ser extrovertido y dispuesto a hablar sin parar sobre los sentimientos. Su padre no estaba de acuerdo y había continuado en desacuerdo hasta el día en que se habían divorciado.

—Ya lo sé. Sólo quería decir que es bastante malo para las personas que no necesitan mucho estar a solas, pero es aún peor para mí. No estoy exagerando, papá. Si estoy siempre rodeada de gente, yo no puedo... no puedo funcionar.

—Sé que es difícil, pero los guardaespaldas no están esperando que hables con ellos o incluso reconozcas su presencia. Están en el fondo, como los muebles.

Los labios de Claire se fruncieron con fastidio cuando miró a Michael, pero él parecía impenetrable como siempre.

—He tratado de pensar en ellos de esa manera, pero no puedo. Son gente, papá. Y uno o el otro están siempre, siempre allí. Sólo tengo que escaparme un poco. Sólo una vez a la semana y...

—¿Qué? —interrumpió su padre, en un medio rugido al que estaba muy familiarizada—. ¿Has estado escabulléndote sin tu seguridad?

Claire lo miró fijamente, aturdida y sin habla. Luego, de pronto se dio cuenta de lo sucedido.

Su padre no lo sabía. Esto no era de lo que él había querido hablar esta mañana.

Y ella había derramado todo como una completa idiota.

—Papá —comenzó.

—Hablaré contigo en un minuto. —Él se paró de su silla, con los ojos clavados en Michael—. Explícame, en este momento, como mi hija ha logrado escapar una vez a la semana sin que su equipo lo sepa.

Había una razón por la que su padre era respetado y temido en esta ciudad por personas que no respetaban ni tenían miedo a nadie. Pero Michael miró a los ojos del otro hombre de manera uniforme, y no parecía intimidado.

Claire no se acobardó tampoco. Ella se levantó de un salto y agarró el brazo de su padre.

—Papá, no es culpa de Michael. Ni siquiera estaba de guardia cuando me escapé.

—Es su culpa. Él está a cargo del equipo, por lo que él es responsable de todo lo que sucede en su guardia, si está presente o no.

Claire tragó saliva. Ella se iba a sentir terriblemente culpable si Michael era despedido por su culpa.

Su padre había utilizado anteriormente una gran empresa de seguridad, y hace varios años ellos habían enviado a Michael como un guardaespaldas temporal. Michael acababa de salir de los militares, había sido un Ranger¹ del ejército, pero él obviamente estaba naturalmente inclinado hacia el trabajo de seguridad cercana. Su padre, reconociendo su habilidad y talento, lo había tomado inmediatamente como personal de tiempo completo y de pronto dejó de trabajar con la gran empresa por completo, dando a Michael la responsabilidad de supervisar un equipo de seguridad privada. Hace un par de años atrás, su padre le había ofrecido a Michael un puesto en el estudio. Era una posición mucho más lucrativa, con las horas de trabajo mucho mejores, pero Michael se había negado a tomarlo por razones que no explicaría.

Michael puede ser frustrante y desagradable una gran parte del tiempo, pero él era un hombre decente que no merecía perder su empleo a causa de ella.

¹ **Ranger:** Es un término militar de origen anglosajón que define a un soldado especializado en la vigilancia, cuidado y labor policial de un territorio específico.

—Pero no puedes culpar a Michael... —lo intentó de nuevo.

—Yo culpo a Michael. —Se giró de nuevo hacia el otro hombre—. Se trata de la seguridad de mi hija, y no hay nada que tomar más en serio. ¿Quién estaba de guardia cuando se escapaba?

—Rick Jonas. Él ya ha sido despedido.

Su padre parpadeó, su mente trabajando rápidamente. Luego su expresión se relajó.

—¿Lo sabías?

—Sí —dijo Michael—. Yo lo sabía. Su hija nunca estuvo desprotegida.

Claire contuvo el aliento en indignación por esa mentira descarada. Michael siempre había estado fuera la noche en que ella se escapaba, nunca sería tan tonta como para tratar de escaparse mientras él estaba de servicio y Rick había sido completamente inconsciente de sus viajes de noche. Él había estado en la misma posición cuando se iba y regresaba. No había manera de que pudiera haberla seguido.

Por lo menos la mentira salvaría el empleo de Michael. Ella lo reprendería por ocultar la verdad después de que hubiera dejado a su padre, cuando él no pusiera en peligro su puesto de trabajo.

Michael continuó.

—Sabía que era importante que ella se sintiera sola, así que no le hice saber que era seguida. Ella nunca estuvo en peligro.

Su padre soltó una larga exhalación.

—Buen hombre. Gracias.

Claire se sentó, se retorció incómoda. No quería que Michael se metiera en problemas, pero no le gustaba lo agradecido y aliviado que su padre parecía.

No había tenido protección. Si hubiera habido peligro en esas noches, ella habría estado en él.

—Claramente, no me puedo negar a ser protegida cada vez que lo desee. Pero no quiero molestarte, así que trataré de no volver a hacerlo. —Ella bajó los ojos mientras hablaba, alejándose.

—Por favor, no, calabaza. No tengo otra hija para que te reemplace. —Él se inclinó para acariciar su mano y esperó casi un minuto hasta que ella levantó los ojos de nuevo. Luego continuó—. Tan interesante como esta revelación ha sido, no era por eso que quería hablar contigo hoy.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, después de haber olvidado realmente que tenía que haber habido otra razón para su llamada.

—Tengo un favor que pedirte —admitió su padre—. Pero ya que revelaste esta confesión, tal vez podemos decir que es un trato justo y no un favor.

—¿Qué necesitas? —El favor debe ser algo que ella no quiere hacer. Él sabía que ella estaba feliz de ayudarlo de otro modo sin embargo ella podría no hacerlo, por lo que podría haber llamado para preguntar.

—Estoy en una especie de mala racha de RP²

—¿Estás teniendo mala prensa por algo? —Claire nunca leía los periódicos o vería algún tipo de noticieros de Hollywood. Ella conseguía los titulares nacionales de NPR³ y simplemente no se preocupaba por la política en esta ciudad.

—Me temo que sí. Mi gente dice que sería útil si yo pudiera recordarle a algunos amigos que soy un hombre de familia.

La mano de Claire se tensó en su regazo.

—Oh, no, papá.

—Lo siento mucho. Sabes que yo sólo pido cuando es importante.

² **RP.** Abreviatura comúnmente usada para Relaciones Públicas.

³ **NPR.** La Radio Pública Nacional. Es una organización pública independiente sin fines de lucro de estaciones de radio públicas de Estados Unidos.

Era cierto. Sabía cómo se sentía acerca de mezclarse en sus círculos sociales, por lo que casi nunca le pidió que lo hiciera.

Se aclaró la garganta.

—¿Qué es?

—Un cóctel. Esta noche. Sólo tendrías que quedarte una hora más o menos. Y es aquí, por lo que será territorio familiar.

Ella se tragó el temor frío de la idea de mezclarse y hacer conversación superficial con una casa llena de ricos y magníficos ricos intimidantes.

Su padre necesitaba su ayuda, sin embargo, él no lo habría pedido de no ser así. Y ella lo había traicionado todos los jueves por la noche durante seis semanas por escabullirse de su guardaespaldas.

—Está bien —dijo ella—. ¿A qué hora?

—No tendrás que bajar hasta después de las nueve, pero llegan más temprano, así que no tendrás que pasar por la multitud de gente.

Ella asintió con la cabeza, un poco tiesa.

—Está bien.

—Sé valiente.

Él siempre le había dicho eso, desde que tenía cinco años de edad y se paralizó por el terror de ir al primer día de preescolar.

Podría no tener el valor de la mayoría de la gente a enfrentarse a algo tan inocuo como una gran fiesta, pero Claire tenía que ser valiente en todo momento.

—Lo haré. —Ella empujó el miedo a un rincón de su mente por el momento, la única manera de pasar por el día antes del temido evento—. Tengo que ir a trabajar.

—Lo sé. Gracias por ayudarme. Te veré esta noche.

Ella asintió de nuevo y aceptó el abrazo que su padre le dio cuando empezó a salir.

Mientras caminaba a través de la gran sala de estar espaciosa que conecta a la sala comedor y la sala principal con suelo de mármol, se detuvo en seco, imaginando los enormes espacios llenos de gente.

Personas que no conocía y con quienes tendría que hablar esta noche.

Por un momento, se quedó inmóvil.

Antes de que pudiera trabajar en un estado de parálisis, sintió una presión en su espalda.

Michael estaba empujándola, su mano plantada justo debajo de sus omóplatos.

No era áspera o incluso grosera en particular, pero su mano era una fuerza que no podía ser resistida.

Así que siguió caminando hasta que llegó al auto, donde Roger estaba esperando para abrirle la puerta.

Michael se metió en el asiento de atrás con ella. Usualmente, el guardaespaldas la escoltaba y se sentaba en la parte delantera con Roger o quien condujera el coche. A veces Michael se sentaba en la parte delantera también, pero en otras ocasiones se reunía con ella en la parte posterior. Nunca supo lo que decidía la diferencia.

Él estaba hablando por teléfono cuando el auto arrancó, hablando con alguien acerca de los arreglos para la protección de la fiesta de esta noche.

Su voz flotaba sobre su conciencia, tan familiar que era casi reconfortante.

Estar con él era como estar con Stella, o su padre, o su mejor amiga Maria.

Su presencia no la estresaba o hacía sentir ansiosa. Si él estaba de guardia escoltándola durante todo el día, no siempre sentía ganas de salir corriendo.

Cuando colgó, se limitó a mirarla, ninguna emoción reflejada en su rostro.

Ella le devolvió la mirada, pensando que sus ojos serían absolutamente hermosos, tan inusualmente azules plateados, si es que no siempre eran tan inexpresivos.

Entonces se acordó de algo.

—Podrás haber engañado a mi padre, pero tú y yo sabemos que no tenías idea de que me escapaba en las noches de los jueves.

Ella debía haberle sorprendido al mostrarle una respuesta genuina. Sus ojos se abrieron.

—Lo sabía.

—No lo sabías. Te ibas por mucho tiempo cada noche que me escapaba.

—Se fue a las diez y media en los últimos seis jueves por la noche y fue al estudio de arte de su amiga en Melrose. Pintaba por cerca de cuatro horas cada noche. Hace dos jueves, se detuvo por un descafeinado con leche en su camino a casa.

Su boca se abrió.

—¿Cómo lo sabías?

—De seguro que lo sabía. No la dejaría sin protección.

—Pero Rick no tenía ni idea.

—Es por eso que Rick no está trabajando más para nosotros.

—Pero, ¿cómo lo supiste? —Ella se debatía entre una traición conmocionada a su privacidad y una admiración perpleja.

—Pude verla cada vez más inquieta. Sabía que iba a tratar de hacer algo, así que me aseguré de que supiéramos cuando lo hiciera.

Ella se preguntaba cómo podía haberla visto que estaba cada vez más inquieta, que se sentía prisionera de sus medidas de seguridad.

Era extraño que él la conociera tan bien.

—No me dijiste que sabías.

—Como le dije a su padre, era importante para usted sentirse sola, y no quería quitarle eso innecesariamente.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Sólo fuiste engreído al guardar el secreto sobre mi cabeza para que pudiera abrir la boca en el peor momento posible?

—Eso también.

Ella se le quedó mirando unos treinta segundos antes de que se diera cuenta de que estaba haciendo una broma. No estaba sonriendo, pero sus ojos se calentaron brevemente.

Ella fue sorprendida por una risa ondulada. Mientras reía de su inesperado humor el cual no era la mejor manera de sostener el suyo con él, su sentido del humor le hizo cosquillas y ella simplemente no podía evitarlo.

Él todavía no sonreía, pero algo casi suavizó su rostro. Algo que ella nunca había visto antes. Algo que hizo latir su corazón más rápido.

Entonces su expresión cambió de nuevo. Sus cejas se juntaron.

—¿Realmente pensaba que fuera alguien que mentiría así?

—Sólo pensé que estabas... estabas cubriéndote.

—Pensó que yo le mentí a la cara a su padre.

Ella lo había hecho, y de repente se dio cuenta de que había sido una cosa ridícula que creer sobre Michael. Se lamió los labios y no sabía qué decir.

—Nunca he mentido a su padre, y nunca le he mentado a usted. Nunca. —Su rostro estaba estoico de nuevo, pero había una seriedad en sus ojos que era tan poco habitual como el calor.

Ella respondió a eso, su corazón extrañamente afectuoso por ninguna razón que pudiera entender.

—Está bien —murmuró—. Lo siento.

Se quedaron mirándose el uno al otro por lo que pareció un largo tiempo.

Entonces su expresión cambió una vez más. Sin rastro de calor o ardor. Sólo tensión.

—Espere un minuto —exigió—. Espere un minuto. ¿Pensó que yo le mentí a su padre antes?

Ella frunció el ceño, sintiéndose nerviosa por sus respuestas extrañas a él y por los cambios repentinos del estado de ánimo.

—¿No acabamos de cubrir esto?

—No se abordaron las implicaciones. ¿Pensaba que le mentí a su padre acerca de saber que salía a escondidas y nunca dijo una palabra al respecto?

Sonó como una acusación en lugar de una pregunta, y sus hombros se pusieron rígidos en defensa.

—¿Cuál es tu punto?

—Nunca haga eso. ¿Me oye? Nunca deje que nadie salga con una mentira, no si se trata de su seguridad.

Ella estaba sin aliento de nuevo. Parecía enfadado. Cociendo a fuego lento con otra cosa que nunca había visto en él antes.

—Estaba tratando de... quiero decir, no eras cualquiera. Eras tú. Fue mi culpa. Yo no quería que te metieras en problemas por ello.

—No me importa. No fue su culpa. Si yo no sabía que iba a salir en las noches, entonces me merecía estar en problemas. No me importa quién está haciendo la mentira o cuánto quiera ayudarlo, nunca deje que se salgan con la suya.

Él estaba más tenso de lo que nunca lo había visto, los músculos de su cuello y los hombros ligeramente ondulados. Sus ojos azules brillaban con algo que ella no conocía, y estaba hipnotizada por su repentina intensidad.

Ella lo miró fijamente, de repente golpeada por una atracción abrumadora.

Quería agarrarlo, besarlo, tirar de él hacia abajo sobre ella y sentirlo contra ella.

Ella lo quería. Ella lo quería.

¿Qué demonios le pasaba? Esto era sólo Michael, el agresivo, estoico, desagradable, una parte ineludible de los antecedentes de su vida.

Y él estaba siendo particularmente desagradable en estos momentos. Ella no debía estar atraída por ella.

—¿Me escucha? —exigió. En realidad se acercó y la tomó por los hombros. Sus manos estaban cálidas y fuertes a través de la tela de su chaqueta, y su apretón fue fuerte e inquebrantable.

—Sí, te escucho. —Ella estaba caliente y confundida y abrumada por lo mucho que lo quería, lo mucho que quería que toda esa intensidad que él mantenía oculta al mundo se dirigiera únicamente hacia ella.

Se zafó de su puño y luego juntó las manos sobre el regazo. Ella seguía mirándolo, sin embargo. No podía evitarlo.

Después de un minuto, su actitud completa cambió. Él parecía controlar lo que había podido dejar libre antes, y su expresión se volvió blanca y profesional de nuevo.

Sus ojos buscaron su cara.

—¿Está bien?

Ella no le respondió. No se sentía bien. Se sentía como si Michael se había convertido en un extraño, y nunca había sido capaz de hablar con facilidad a los extraños.

—Claire —dijo bruscamente—. ¿Qué pasa? Lo siento si fui demasiado áspero hace un momento. No fue mi intención asustarla.

No la había asustado. Pero ella estaba asustada.

—Claire, hable conmigo.

Ella tragó.

—No me asustaste.

—Entonces, ¿qué está mal?

—Nada. —Se frotó la cara con ambas manos, tratando de que su mente funcionara de nuevo—. Estoy bien.

—No creo que lo este, pero no se ve como si estuviera... Lo siento. No debería haber... —Él miró hacia otro lado, hacia un lado, tratando de obtener un control sobre lo que amenazaba con escapar de nuevo.

Todo este tiempo, y ella nunca había sabido que había algún tipo de emoción intensa que podría tratar de escapar de Michael. La idea de su presencia detrás de su hermoso rostro, impasible era casi... emocionante.

—Te dije que no me asustaste. No eres tan intimidante. No te hagas ilusiones.

Él giró su rostro de nuevo hacia ella y algo se retorció en su boca. Casi, pero no del todo una sonrisa.

—Lo siento, señorita Kenyon. Fue poco profesional.

Tal vez fue poco profesional, pero Claire quería desesperadamente volver a verlo.

Ya que ella no podía admitirlo a su guardaespaldas, dijo en cambio:

—Si de verdad quieres ser poco profesional, podrías pensar en esbozar una sonrisa de vez en cuando.

Tres

Traducido por Clalisjuli95

Corregido por Aciditax

Claire se metió en una pequeña antesala del área de entretenimiento de la mansión de su padre y tomó unas pocas respiraciones irregulares.

Su corazón corría brutalmente y sentía momentáneamente náuseas mientras luchaba contra una nueva ola de ansiedad.

Se acercó a un decorado espejo de pared y pretendió estar arreglándose, sólo en el caso de que uno de los invitados deambulara por allí y quisiera saber qué estaba haciendo.

Por el momento, sin embargo, la habitación estaba afortunadamente vacía.

Ella había hecho una cita de último minuto en su salón esa tarde para así poder estar presentable para la fiesta. Le habían hecho algunos rayos de rubio más claro en el cabello, y lo habían puesto en una suave y brillante caída sobre sus hombros. Le habían dado una manicura y pedicura e incluso la habían maquillado. Vestía un elegante vestido marrón chocolate forrándola y sus zapatillas doradas favoritas.

Ella pensó que lucía tan bonita como era posible que luciera.

Pero sus mejillas no eran de su rosado actual y sus ojos lucían inusualmente grandes. Sentía como si estuviera mirando a una sexy y sofisticada extraña.

Tomó unos pocos minutos para recuperar el aliento. Luego supo que tenía que volver.

Había estado de pie junto a su padre por la última media hora, tratando de responder sensiblemente a la multitud de invitados que vinieron a hablar

con ella. Cada vez tenía la lengua más trabada y más insegura a medida que los minutos pasaban hasta que finalmente había tenido que escapar. Si no regresaba pronto, su padre se preocuparía.

Y la gente se preguntaría porque apenas había hecho acto de presencia en la fiesta antes de desaparecer. Tomó un profundo respiro y trató de prepararse para la batalla.

Tendría que volver ahora. Tendría que sonreír y ser encantadora. Hablar casualmente acerca de las últimas películas, debates políticos locales, y quejarse de los impuestos.

No se podría congelar o quedarse callada en medio de una conversación.

Debía pretender ser alguien más, alguien que fuera capaz de moverse cómodamente por la habitación y ser el centro de atención.

Se agarró al respaldo de una silla y no se movió.

La puerta de la antesala se abrió y se quedó sin aliento antes de darse cuenta de que sólo era Michael. Había estado esperando fuera de la puerta por ella, pero quizás estaba preocupado de porque estaba tardando tanto.

Vestía un traje de noche oscuro, y lo vestía tan bien que había hecho que ella perdiera el aliento más temprano la primera vez que lo vio. Su traje lucía costoso, incluso se preguntó si había sido hecho a medida para adaptarse a sus anchos hombros y largas extremidades con tanta facilidad. Él debió haberse afeitado otra vez en la tarde porque de otra manera hubiera estado rasposo tan tarde en el día. Sus ojos lucían asombrosamente azules.

Lo había visto en traje de noche antes, pero desde que ella había sentido esa bizarra atracción temprano hoy, no podía mirarlo sin sentirla de nuevo.

—¿Lista? —preguntó con su expresión normal de investigación insípida. Asintió con la cabeza hacia la fiesta, el ruido de las voces que se escuchaba incluso con la puerta cerrada.

Ella asintió, tratando, y fallando, de sonreír mientras la instintiva atracción fue ahogada en una nueva ola de miedo acerca de volver a entrar en un salón lleno de extraños.

Se las arregló para dar dos pasos hacia Michael pero luego se detuvo de nuevo.

—¿Podemos irnos en otra media hora?

Lo miró inexpresiva por unos segundos hasta que se dio cuenta de que él estaba tratando de ser alentador. Ella apreció el gesto raro y volvió a asentir. Esta vez, cuando trató de sonreír, tomó una inhalación fuerte y áspera en su lugar.

Avergonzada, miró hacia el suelo. Sus lindas uñas del pie estaban asomándose fuera de sus brillantes zapatos.

Ella solía hacerlo mejor que esto, incluso en las fiestas de cóctel, que eran lo peor de los horrores sociales. Podía usualmente ponerse una máscara que ocultara sus sentimientos reales.

El estrés de ese día y de los últimos dos meses estando rodeada por guardaespaldas debían haber intensificado sus respuestas normales, y no podía mantener su máscara esta noche.

—¿Necesita que hable con su padre?

No estaba mirándolo, pero reconoció su voz más gentil de lo normal. Sentía lástima por ella.

Creía que se iba a derrumbar.

Ella no se iba a derrumbar. Sacudió su cabeza insistentemente y puso rígidos sus hombros mientras encontraba sus ojos

—Está bien. Salgamos de aquí. —Él se acercó por un lado y puso su mano familiar en su espalda, alentándola a salir de la habitación.

Ella lo dejó guiarla a la puerta pero, justo antes de que llegaran, se resistió a la fuerza de su mano.

Ella bajó los ojos y los cerró por un segundo.

Cuando volvió a mirar arriba, Michael esperaba pacientemente.

—¿A quiénes conoce ahí afuera? —preguntó, inusualmente tranquilo.

Ella tragó saliva.

—A nadie.

—Eso no es cierto. No piense en ello como una habitación llena de gente. Piense en las personas. Dígame a quienes conoce. ¿Con quiénes le ha gustado hablar en el pasado?

Ella frunció el ceño, pues él se estaba volviendo mandón, pero la miraba como si estuviera esperando una respuesta.

Porque ella no estaba en estado para discutir, pensó en la pregunta.

—Parker Bowles está ahí. Tiene once nietos de los que le gusta hablar. Una de las niñas es realmente tímida y nunca quiere hacer nada más que no sea leer.

Michael asintió.

—¿Quien más?

Ella trató de recordar, pero la habitación afuera era sólo un borrón.

Él abrió la puerta a medio camino para que así pudiera mirar.

—¿A quién conoce?

Dio una rápida mirada por la habitación antes de retirarse.

—Rosemary Turner tiene dos enormes Neapolitan Mastiff. Ellos son como grandes ositos de peluche. Fui a una fiesta en su casa con mi padre el año pasado y pasé todo el tiempo jugando con los perros.

—Bien. ¿Quién más?

—Gino Martin y su esposa tienen un estudio de arte. Tienen un muy buen ojo para el arte contemporáneo.

—De acuerdo —dijo Michael—. Va a hablar con Bowles sobre sus nietos. Luego va a hablar con Rosemary de sus perros. Luego hablará con los

Martins sobre cualquier nuevo arte que hayan adquirido. Para entonces será el momento de que salga.

Sonaba fácil, sonaba simple, como algo que ella podía hacer. Le gustaba hablar con la gente cuando estaban solos y no todos reunidos en una multitud dentro del mismo espacio.

—No es un salón lleno de gente —murmuró Michael, colocando su mano sobre sus omoplatos de nuevo. Su vestido era escotado en la espalda y ella se dio cuenta repentinamente de su palma contra su piel desnuda—. Son tres conversaciones privadas con personas que conoce y le gustan. Bowles, Rosemary, los Martins. Y luego ya está.

Ella se enderezó, tomando una respiración más.

—¿Qué pasa si ellos no quieren hablar conmigo?

—Por supuesto que quieren hablar con usted. —La voz de Michael sonó inexplicablemente más gruesa así que ella miro a su cara, no muy lejos de la suya.

—Lo creas o no, nunca he sido la persona más popular en ninguna fiesta. — Ella trató de hacer una sonrisa irónica y casi lo logra.

El sacudió su cabeza.

—Eso es sólo porque se esconde de la gente. No los deja conocerle. Claire, si los dejase ver quién es en realidad, cada persona en ese salón la adoraría.

Tragó saliva y lo miró fijamente con los ojos bien abiertos, su corazón acelerado de nuevo, pero por una razón completamente distinta.

Ella vio algo en sus ojos, algo real, profundo, irresistible.

—¿De veras? —susurró estúpidamente.

—Te adorarían. Juro que es verdad.

Claire se tambaleó hacia él, queriendo besarlo tanto que casi empuja su cara sobre la de ella. Su sangre corría por sus venas y una oleada de placer barrió

sobre ella. Sólo una carcajada de no muy lejos fuera de la puerta la detuvo, distrayéndola.

Michael sacudió un poco su cabeza de forma extraña, y esa mirada particular desapareció de sus ojos.

—¿Lista?

Estaba un poco desorientada por la ola de sentimientos que acababa de experimentar pero al menos no estaba aterrada.

—Lista.

Luego caminó fuera hacia el salón.



Ella lo hizo por cuarenta y siete minutos en vez de sólo media hora. Podría haberlo hecho incluso por más tiempo porque Parker Bowles no hubiera parado de hablar de sus nietos. Había hablado con Rosemary y los Martins primero porque Parker estaba ocupado cuando salió.

Claire estaba en medio de una conversación con él, increíblemente no estimulada por el anciano de buen corazón pero al menos cómoda en una conversación segura, lo cual era raro para ella en tal reunión, cuando Michael se acercó a su lado inesperadamente.

—Es tiempo de irnos, Srita. Kenyon —murmuró en voz baja, la que siempre usaba en público—. Si nos disculpa, Sr. Bowles.

Parker le dio una despedida amistosa y dijo que esperaba verla de nuevo, incluso sonaba como si lo dijera de verdad.

Claire se fue con Michael sin argumentar. Él nunca la había alejado así antes, así que debía tener una buena razón para eso ahora.

Michael tenía la mano en su espalda mientras caminaban hacia la puerta frontal de la casa, empujando más que apoyando. Cuando llegaron al auto

estacionado frente a la entrada, ella sonrió a Pete, uno de los guardaespaldas, que estaba entrando en el asiento de pasajero de adelante.

—Hey —dijo ella—. ¿Te atascaste en el turno de noche hoy?

—Algo así.

Claire no tuvo oportunidad de seguir con el saludo porque Michael puso sus manos en su cintura y levantó su cuerpo hacia el asiento trasero del auto.

Ella resopló sorprendida mientras se enderezaba, pues casi había sido plantada de cara en el cómodo asiento.

No tuvo oportunidad de acomodarse, sin embargo, Michael se metió en el auto justo después de ella, forzándola a deslizarse para hacerle lugar a él.

Ella trató de bajar la ventanilla entre los asientos delanteros y traseros para saludar a Roger, pero Michael la detuvo poniendo sus grandes manos sobre las suyas.

—¿Qué demonios? —replicó ella con el ceño fruncido.

Michael levantó su mano en un gesto silencioso que decía que tendría que esperar.

Ella apretó los labios pero no protestó. Esperó hasta que Roger encendiera el auto y manejó fuera de las puertas frontales de la mansión de su padre.

El celular de Michael debió haber estado vibrando porque lo sacó y miró pero inmediatamente lo deslizó de nuevo en su bolsillo.

—¿Podemos hablar ahora? —preguntó ella, sonando un poco irritable.

—Sí.

Ella bajó la ventanilla y saludo a Roger, preguntando si su esposa se sentía mejor.

Cuando se había asegurado de haber mejorado, Claire subió la ventana y le dio a Michael una mirada desafiante.

Él le devolvió la mirada con suavidad.

—No hay manera de que consigas sacarme sin darme una explicación —dejó escapar ella.

—Había un peligro potencial, así que necesitábamos sacarte rápidamente.

—Gracias por esa útil pieza de información. Obviamente, sabía eso. Quiero saber qué era este supuesto peligro.

—Es.

Ella lo miró fijamente. Su pulso se aceleró un poco, pero no era realmente por miedo. Realmente no podía imaginar que una amenaza aleatoria hace dos meses pudiera realmente ser peligrosa.

Pero estar con Michael la excitó de una manera que no debería.

—Fue, es. Como sea. Dime qué pasó. —Ella levantó sus caderas para enderezar su elegante falda que se había agrupado en torno a sus músculos. Cuando Michael no respondió, ella gruñó frustrada—. Demonios, Michael. ¿Qué pasa? ¿Mi papá fue amenazado de nuevo? ¿Está bien?

—Sí, y sí. —Se detuvo un momento—. La amenaza no estaba dirigida a él.

Ella hizo una mueca.

—Supongo que eso significa que estaba dirigida a mí de nuevo. Todo esto suena muy superficial. Hay alguna evidencia de que estoy en peligro real. Él recibe cartas locas todo el tiempo. Un chico le escribió y exigió que hiciera una película sobre el Titanic pero que Leo jugara con el iceberg esta vez, y si no lo hacía empezaría a asesinar todos los Bichon Frises en L.A. Realmente no creo que necesites estar desperdiciando tu tiempo respondiendo a cada loco que le envía una carta a mi padre.

—No es un desperdicio de tiempo. Es mi trabajo. Su padre me ordenó que la proteja, así que eso es lo que hago. No importa si él piensa que la amenaza proviene de una ardilla rabiosa, mi trabajo es asegurarme de que está a salvo de esta.

No había nada de luz o calor en la ilegible expresión de Michael, pero la elección de sus palabras hizo que ella soltara una risa de sorpresa.

El teléfono de Michael debió haber estado vibrando de nuevo por que lo sacó y comprobó de nuevo.

Mientras lo hacía, Claire miró por la ventanilla del auto.

—Espera un minuto. ¿A dónde vamos? Necesito ir a casa.

—No puede ir a casa.

—¿Qué? ¿Por qué no? —Estaba empezando a ponerse nerviosa por primera vez

—Su apartamento es muy difícil de asegurar, pues demasiadas personas viven en el edificio.

—¿Dónde vamos? —Su idea principal no era el miedo de que pudiera ser asesinada pero si de que tendría que ir a un lugar extraño con gente que no conocía, después de haber tenido un duro día. Quería la comodidad familiar de su hogar.

—A la cabaña. Esta persona no nos está siguiendo en este momento entonces no va a tener idea de dónde vamos.

Ella soltó un suspiro.

—Oh. Bien.

Su padre tenía una cabaña en el desierto, estaba en medio de la nada y ella amaba el sentimiento de privacidad y paz que ofrecía. Cuando la vida la agobiaba mucho, siempre iba a la cabaña para recuperarse.

Michael puede que no la hubiera elegido porque la hacía sentir segura, pero apreciaba la decisión de todas formas.

—¿Es suficientemente segura? —añadió ella.

—Mejoré el sistema de seguridad el mes pasado. Es tan segura como la casa de su padre.

—Está bien, entonces. Estoy bien con lo de ir a la cabaña, pero voy a salir del auto en la próxima luz roja si no me dices qué demonios está pasando.

Por primera vez, la boca de Michael se torció en lo que pareció desgana. Sintiendo que estaba cediendo, ella persistió.

—No soy una niña Michael. Y a pesar de lo puedas pensar basado en mi comportamiento en la sociedad, no estoy psicológicamente afectada.

Él se sacudió un poco como si lo hubieran abofeteado.

—Nunca he pensado eso —rechinó—. Y no aprecio que tú digas lo contrario.

—Entonces dime qué clase de amenaza recibió mi padre. Tiene que ser mala para causar este tipo de sobrereacción, y puedo ayudar, no puedo hacer nada, si no se dé que se trata. —El apartó la mirada brevemente.

—Michael —dijo ella, poniendo una mano sobre su brazo—. Necesito saber.

—Sé que es así. Le dije a tu padre que necesitábamos decírtelo, pero es malo, y él no quería involucrarte de ninguna manera.

Claire dejó escapar un largo suspiro, su pecho dolía un poco mientras pensaba en lo duro que esto debe haber sido para su padre.

—Así que es malo. Puedo manejarlo. Soy tímida, no débil Michael.

—Sé que no lo eres. —Parecía como si estuviera hablándose a sí mismo, todavía mirando la ventana.

Entonces debió haber decidido su curso de acción porque giró su cara hacia ella.

—No ha sido sólo una amenaza hace dos meses y otra hoy. Han sido una serie de ellas.

—¿Qué son?

—Al principio, eran una serie de regalos enviados a la casa pero dirigidos a ti. Lucían como regalos románticos pero con algo mal en cada uno, como dos docenas de rosas con una muerta en el ramo o una caja de chocolates con un ratón muerto en el contenedor.

Ella se estremeció ligeramente ante la imagen pero fue rápido,

—¿Qué más?

—Después de eso, hubo una serie de fotografías enviadas a tu padre. De ti. Fotografías que esta persona no debía ser capaz de tomar.

—¿De mi haciendo qué?

—Comprando en la tienda de arte, enseñando en el Centro, caminando hacia el edificio de Maria.

Ella tragó saliva.

—¿Así que alguien estaba acechándome?

—Está acechándote. Sí.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Qué es lo que un acosador siempre quiere?

—Pero su locura va dirigida a mi padre, ¿no? Puede que yo sea el tema, pero todo ha sido dirigido a mi padre. ¿Mi papá va a estar bien?

Ella sintió un diferente tipo de urgencia al pensar que su padre estaría en peligro, más intenso que cualquier miedo sobre estar en peligro ella misma.

—Él está bien. He doblado su seguridad.

—Pero tú deberías estar con él. —Ella se movió nerviosamente en su asiento—. ¿Puedes asignar a alguien más para mí e ir a cuidar de mi padre?

—Tengo a buenos hombres con tu padre.

—Pero no tan buenos como tú. Prefiero que tú estés con él.

—Él no me dejaría. Me enviaría de vuelta a ti y él es el que me paga.

Ella bajó los ojos y trató de razonar y alejar su miedo por su padre. Si no hubiera sido por la fiesta, ella podría haber estado con su padre esta noche, así su seguridad no se había dividido. Pero Michael no hubiera dejado a su padre a menos que estuviera seguro de que estaba a salvo.

Michael esperó por unos momentos antes de decir en voz baja.

—Todo indica que esta persona va a ir tras de ti antes que tu padre

—Oh. De acuerdo. ¿Qué pasó esta noche que hizo que te preocuparas? —
Cuando el vaciló ella insistió—. Tienes que decirme, Michael.

Michael tenía su teléfono en la mano, parecía que había recibido otra llamada que no había contestado. A regañadientes, puso algo en la pantalla y se lo mostró. Ella miró el teléfono inteligente y vio una foto de ella en la fiesta esa noche, bebiendo un vaso de vino tinto y tratando de pretender que estaba cómoda allí. Deslizó su dedo sobre la pantalla para ver una segunda foto, ella dejando la antesala con Michael. Ellos casi parecían pareja, pues su mano estaba en su espalda. Arrastró a la próxima foto, ella riendo con los Martins.

Su mano temblaba sobre el teléfono.

—Él estaba en la fiesta.

—O ella. Sí.

—¿Cómo?

—Era uno de los invitados o uno de los del personal temporal. No había otra forma de entrar en las instalaciones

Él se sentó tenso y ella se dio cuenta de que estaba enfadado consigo mismo por dejar que pasara, por permitir que alguien entrara en la fortaleza que él estaba protegiendo.

Con una instintiva necesidad de confortarlo, ella puso una mano en su manga.

—No es tu culpa.

—Sí, sí lo es. No deberías excusarte por mí si he fallado en hacer mi trabajo.

—No fallaste. Ambos, mi padre y yo estamos bien.

—Y vas a permanecer así —prometió él. Sus ojos buscaron su cara como si pudiera leer su mente—. ¿Estás bien?

Ella asintió. Estaba ansiosa e inquieta e increíblemente molesta acerca de que su privacidad fuera invadida de esa manera. Pero al menos, si el acosador se dirigía a ella primero mantendría su atención lejos de su padre.

Miró hacia abajo automáticamente cuando el teléfono de Michael vibró en su mano. Él nunca recibía tantas llamadas.

Para su sorpresa, la pantalla decía la palabra “Mamá”.

Ella le pasó el teléfono

—Tu madre está llamando.

Echó un vistazo a la pantalla pero envió la llamada a correo de voz.

Ella frunció el ceño.

—¿Es tu madre quien está llamando? Deberías atenderla.

—No necesito atenderla.

—Pero algo debe estar mal. Tú no deberías ignorar sus llamadas así. No por mí.

Él pareció brevemente indeciso.

—No me importa qué clase de ridículo código de profesionalismo sigues. Llama a tu madre ahora mismo —instruyó. Luego se giró hacia la ventana del auto para darle tanta privacidad como le era posible estando en el mismo asiento trasero.

Ella no lo estaba mirando pero supo que había hecho la llamada cuando escuchó preguntar en voz baja.

—¿Qué pasa?

Hubo una larga pausa mientras la otra persona habla. Luego le dijo:

—No puedo irme esta noche. —Otra pausa—. No, realmente no puedo. Hay una emergencia aquí. ¿Trataste de reproducir el álbum de Sinatra? Eso algunas veces la relaja.

Claire estaba empezando a sentirse extraña, ya que estaba escuchando una conversación privada. Algo estaba pasando con Michael que ella nunca se había enterado.

—Qué tal el té de bálsamo de limón. —Ella pudo decir que el cuerpo de él se giró lejos, tratando de no dejarla escuchar. Pudo no haber sido un intento serio, sin embargo inútil en un espacio tan pequeño.

—No puedo ir allá esta noche —dijo él de nuevo, su voz sonaba un poco estirada—. ¿Puedes ponerla al teléfono? Tal vez hablar conmigo la ayude. —Hubo una larga pausa, durante la cual Claire miró con esmero por la ventana.

Luego escuchó a Michael decir:

—Hola. Ruth me dijo que estás teniendo una noche dura... No, no creo que eso vaya a pasar... recuerda, encontré esa linda habitación para ti así que no vas a ser molestada por los ruidosos adolescentes. —Su voz era fuerte, relajada, absolutamente tranquilizadora—. ¿Hablamos de esto, recuerdas? Algunas veces tengo que estar en el trabajo.

Claire escuchó con un dolor entumeciendo su corazón.

Escuchó a Michael inhalar roncamente.

—Realmente estoy bien mamá, no necesito más esa bicicleta... estoy feliz. Esa bicicleta fue hace mucho tiempo... si quería decir eso. Estoy muy feliz. No tienes que preocuparte por mí... no trabajo muy duro... no, mamá. No quiero más esa bicicleta.

Después de un minuto, la primera persona debió haber tomado el teléfono de nuevo porque Michael dijo:

—Sólo has lo mejor que puedas con ella. Estaré allá mañana.

Cuando colgó, Claire no se giró a verlo inmediatamente. Sentía como si hubiera invadido su privacidad, y sabía que esto podría molestarlo.

Después de unos minutos, cuando sintió que se había relajado a su lado, ella se enderezó en su asiento de nuevo.

Todavía sin mirarlo, preguntó suavemente.

—¿Está bien tu mamá?

—Sí. Ella es... Tiene demencia. Está la mayoría del día lucida, pero empeora en las noches. Usualmente estoy con ella en las noches, así que creo que están teniendo problemas para calmarla.

—¿Trabajas todo el día y luego te quedas con tu madre toda la noche? —pregunto ella, trastornada por esa información.

Él se encogió de hombros y apartó su mirada.

—Deberías estar con ella ahora. Alguien más se puede quedar conmigo.

—No.

Ella frunció el ceño hacia él, de repente impaciente con su obstinación de una manera que nunca había estado antes.

—Hablo en serio si tu madre te necesita, entonces ella es más importante que yo. Estoy segura que hay alguien que puede tomar tu lugar en mi protección. —Se podría sentir muy segura con Michael que con cualquier otro, pero no iba a ser egoísta con él.

Michael estrechó sus ojos, su voz volviéndose un poco más gruesa

—No es posible que puedas pensar que voy a dejar que alguien más tome mi lugar. No estaba exagerando sobre el peligro hacia ti. No hay manera en el infierno que te deje esta noche.

Ella estaba hipnotizada por su repentina intensidad. Podía decir que significaba, y el conocimiento provocó un aumento en la seguridad y excitación de ambos.

Pero ella había escuchado la voz de Michael antes, cuando estaba hablando con su madre.

Ella sabía que era realmente difícil para él no estar cuando ella lo necesitaba.

—¿Dónde está ella? —preguntó Claire en un tono diferente.

Evidentemente pensando que ella había dejado el tema de que el la dejara, Michael se relajó un poco.

—Está en el Hogar Rivercrest. Es una residencia de ancianos muy agradable en Beverly Hills. Allá la han atendido bien.

Claire se inclinó hacia adelante y bajó la ventanilla del asiento frontal.

—Roger, vamos a hacer una parada en el camino a la cabaña. ¿Puedes ir primero a Rivercrest en Beverly Hills?

—Sí señorita —dijo Roger inmediatamente, pero pudo verlo mirando a través del espejo para ver los ojos de Michael. Él estaba obviamente esperando el permiso del otro hombre antes de actuar.

Claire miró a Michael desafiándolo.

—Tu seguridad es lo más importante —le dijo él.

—¿Cómo es que deteniéndonos para que veas a tu madre va a ser inseguro para mí? Vas a estar conmigo todo el tiempo tal como querías. No es como si el acosador pudiera predecir tal parada, además tú dijiste que no nos estaba siguiendo ahora, así que nunca sabrá que estuvimos ahí. Esto no va a ponerme en ninguna clase de peligro, y no me voy a sentir culpable toda la noche porque abandonaste a tu madre cuando ella te necesita.

Ella vio a Michael suspirar. Luego le dio una breve inclinación de cabeza a Roger en el espejo.

Mientras ella subía la ventana, ella lo sorprendió mientras le daba una mirada frustrada.

Ella frunció el ceño.

—Soy tímida, no fácil de convencer. Son dos cosas completamente distintas.

—Créeme. Lo sé.

Cuatro

Traducido por SagrarioHdzRD

Corregido por LadyPandora

Rivercrest era un centro muy exclusivo. Parecía y se sentía más como un hotel de clase alta que como una residencia de ancianos.

Claire habría tenido que esperar en el auto, pero tenía miedo de que Michael se negara a entrar a menos que ella lo hiciera, ya que estaba tan decidido a estar con ella en todo momento. Así que se fue con él al cuarto piso y luego a una habitación de la esquina muy agradable. Ella se ofreció a esperar en el pasillo, pero él puso los ojos en blanco como si estuviera siendo tonta y le puso una mano en la espalda para empujarla a la habitación.

Pete se quedó en el pasillo para atender la entrada.

Sorprendentemente, la madre de Michael era pequeña para tener un hijo tan grande. Era evidente que estaba fuera de sí, dando vueltas sin descanso en la cama, hablando incomprensiblemente a la mujer mayor que estaba sentada cerca y ni siquiera se percató de que habían entrado.

Sintiendo una oleada familiar de timidez al verse confrontada con gente que no conocía y agravada por el hecho de que sabía que Michael se sentía incómodo con su presencia, se retiró a un rincón de la habitación por la ventana y se sentó en una silla recta con respaldo.

Los ojos de Michael la escudriñaron durante un momento, probablemente evaluando si se encontraba bien. Entonces se acercó a la cama.

Claire observaba mientras él hablaba un momento con la otra mujer, quien asumió que era Ruth y era la persona con la que había hablado por teléfono.

Luego se fue a hacer una taza de té con una tetera eléctrica y ayudó a su madre a beber.

Su madre mantuvo un flujo constante de conversaciones sin sentido, muchas giraban en torno a una bicicleta, estaba muy molesta por alguna razón y Michael le respondía con paciencia. Abiertamente no era cariñoso y ni siquiera particularmente tierno. Estaba calmado y, de hecho, de la forma en que normalmente trataba a Claire. No obstante, era obvio lo mucho que amaba a su madre y el corazón de Claire se suavizó mientras lo observaba.

Ella había conocido a Michael durante seis años. Sólo había mostrado su faceta de profesional ultracompetente. No podía creerse que no hubiera conocido este lado de su existencia hasta esta noche.

Después de unos veinte minutos, su madre se había calmado un poco. Y diez minutos después, Michael le hizo un gesto a Claire, el cual supo que era una señal de que debían irse.

Claire se levantó y se acercó a él. Miró hacia su rostro fuerte y familiar.

—¿Estás seguro de que está bien dejarla?

—Estará bien y tengo que llevarte a la cabaña. No debería haber venido aquí.

Ella frunció el ceño.

—Sí, deberíamos haber venido.

—¿Quién es esta? —preguntó su madre desde la cama, sonando sorprendentemente lúcida.

—Esta es Claire Kenyon. —Michael no agregó ninguna información adicional y Claire pudo entender por qué podría ser difícil explicar su identidad sin tener que preocupar a su madre acerca de la naturaleza de su trabajo. Su madre miró a Claire por un minuto. Luego cerró los ojos, visiblemente agotada. Murmuró:

—Siento mucho que no pudieras conseguir la bicicleta, Mikey.

Michael se inclinó para besar la mejilla de su madre.

—Estoy perfectamente feliz sin la bicicleta, mamá. Por favor, no te preocupes por eso. Descansa un poco, mañana te veo.

Entonces él asintió hacia la puerta con un movimiento de cabeza y Claire salió de la habitación con Michael a un paso por detrás de ella.

Cuando llegaron de nuevo al coche, Claire estudió el rostro de Michael y supo que él era consciente de su encuentro con su madre.

—¿Cuál era la bicicleta de la que estaba hablando? —preguntó Claire, ya que alguien tenía que decir algo. Él medio encogió los hombros.

—Sólo algo de cuando era pequeño. Ella se queda estancada en las cosas y piensa que acaba de suceder.

—Obviamente, te quiere mucho.

Él inclinó la cabeza en lo que se suponía era un asentimiento.

—La residencia parece muy bonita. ¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

—Hace casi dos años.

—¿Y tu padre?

—Murió hace unos seis.

—¿No tienes hermanos o hermanas?

—No. Sólo estoy yo.

Pensó en eso durante un minuto.

—¿Fue ella la razón por la que abandonaste los Rangers? ¿Después de que tu padre muriera?

Miró por la ventana.

—Sí. No era gran cosa.

Abrumada por una oleada de afecto, se inclinó y le dio un beso en la mejilla antes de que incluso lo hubiera pensado. A pesar de haberse afeitado dos veces hoy, su piel ya estaba rasposa de nuevo bajo sus labios.

Él se quedó mirándola y ella vio de nuevo esa mirada en sus ojos, la que hacía que su aliento se atorara.

—¿A qué ha venido eso?

—A que eres un hijo muy bueno.

Su voz era más ronca que de costumbre y sintió un estremecimiento de emoción en el pecho y en el vientre. Nunca había conocido a nadie a quien admirara tanto como a Michael. Nunca había conocido a nadie que deseara tanto.

Sus labios parecían suavizarse mientras ella lo miraba y se inclinaba instintivamente, segura de que iba a besarla, deseando desesperadamente que sucediera. Sin pensarlo, levantó una de sus manos a su pecho.

Entonces algo cambió. Michael se puso rígido y su expresión se aclaró a su típica actitud estoica.

Muy suavemente, levantó la mano y la puso de nuevo en su regazo.

—Es posible que desees descansar un poco —dijo—. Tenemos un par de horas hasta que lleguemos a la cabaña y sé que ha sido un día largo para ti.

Justo esa mañana, la había puesto en sujetador y bragas en la despensa porque alguien se había colado en su edificio. Parecía que hiciera años.

Justo esa mañana, ella no se había dado cuenta de lo cerca que se sentía de Michael, lo mucho más cerca que quería estar.

Pero eso, obviamente, no iba a suceder. Dejó escapar el aliento reprimido y se dijo que no estaría decepcionada ni avergonzada.

Este era Michael. La había conocido por primera vez cuando tenía diecinueve años. Un año más tarde, él la había atrapado detrás de la casa de la piscina con la mano de Brandon bajo los pantalones. Esta misma tarde, la había encontrado teniendo un ataque de pánico por asistir a una fiesta.

Él había visto lo peor de ella y él no iba a pensar que ella era un buen partido.

Además, ya podría tener una novia. Si era así, debía de ser la mujer más comprensiva de la historia, ya que parecía estar ocupado de día y de noche, dejándole apenas el tiempo suficiente para dormir.

—Sí —murmuró, inclinándose para quitarse los tacones y encorvarse en el asiento para estar más cómoda—. Estoy un poco cansada.



Claire comenzó a levantarse, pero no pudo hacerlo hasta el final.

Estaba en ese estado de vigilia donde era ligeramente consciente, pero no lo suficiente para abrir los ojos. Después de unos minutos, se dio cuenta de que estaba acostada en el asiento trasero de un coche.

Pero su cabeza no estaba en el asiento. Estaba apoyada en algo más cálido y más firme.

Se movió un poco, disfrutando del placer de dormir conscientemente sin la presión de tener que despertar. Estaba acurrucada en su lado y pasó a ponerse más cómoda, trayendo una de sus manos hacia su rostro.

Su palma descansó en algo que vagamente reconoció como tela.

Se relajó de nuevo y debió haberse dejado llevar a un estado de inconsciencia por una cantidad de tiempo no especificado.

La siguiente vez que se deslizó en la conciencia sin estar preparada para despertarse del todo, se dio cuenta de que una mano le apartaba el pelo de la cara en una suave caricia.

Se sentía bien, así que sólo lo disfrutó durante un largo rato.

Donde fuera el lugar donde su propia mano descansaba parecía ser más grande y más fuerte que antes. Le gustaba la sensación, así que se frotó la palma de la mano contra lo que fuera con un suspiro largo.

Su firme almohada se movió un poco, lo cual era extraño, pero no extraño lo suficiente como para tirar abajo las telarañas de su mente. Entonces la mano que había estado acariciando su pelo se envolvió alrededor de su muñeca y muy suavemente la sacó de lo que había estado frotando.

Ella se reajustó, tirando de sus brazos hacia su pecho. Pronto se dio cuenta de que podía abrir los ojos, pero la idea parecía tan dolorosa que no se atrevió a intentarlo.

Después de un minuto, la mano empezó a acariciar su pelo de nuevo, el toque delicado, casi tierno. La hacía sentir segura. La hacía sentirse apreciada. Descansó en el conocimiento y pronto perdió la capacidad de abrir los ojos. Lo siguiente de lo que fue consciente era su mano siendo movida de nuevo. Debíó de haberla llevado de nuevo a la cosa agradable y firme.

Esta vez, ella trató de resistirse, ya que no le parecía bien para su cuerpo ser movido de esa manera. Debía ser capaz de tocar lo que quisiera.

Pero la mano alrededor de su muñeca no podía ser resistida y el esfuerzo finalmente la despertó del todo. De repente se sacudió, consciente de que se había quedado dormida en la parte de atrás del auto de su padre de camino a la cabaña y su cabeza descansaba en el regazo de alguien.

Con una sacudida de conciencia, abrió los ojos y vio la tela de un traje oscuro.

El traje de Michael. El regazo de Michael. Movié la cabeza y parpadeó en los ojos azules de Michael. No había mucha luz en el auto, así que tal vez por eso su expresión se veía diferente. Más suave de a lo que estaba acostumbrada.

—Oh. —Con una ola de timidez se sentó apresuradamente, moviéndose tan rápidamente que la cabeza le dio vueltas.

—¿Estás bien? —le preguntó. Su voz sonaba extraña, pero ella no estaba orientada lo suficiente como para reconocer su timbre. Él se acomodó en su asiento como si necesitara sentirse más cómodo.

No era ninguna sorpresa. Sólo había estado durmiendo en su regazo.

—Sí. Lo siento. No tenía intención de dormirme sobre ti. Quiero decir... —se interrumpió, sonrojándose un poco, esperando que no hubiera hecho nada tan embarazoso como hablar en sueños.

—No pasa nada. Estabas cansada. Pronto llegaremos a la cabaña.

—Oh. Bien. —Se frotó la cara, tratando de despertar y tratar de empujar lejos su timidez.

—¿Mi padre está bien?

—Sí. Supe algo de él hace unos veinte minutos. Allí no sucede nada.

Dejó escapar un suspiro y miró hacia la noche.

Había sido mucho más fácil cuando sólo había pensado en Michael como el familiar desagradable y avasallador. Pero tenía miedo de que nunca volviera a pensar en él de forma tan simple.



Sin duda, la cabaña no era primitiva, pero no era grande ni lujosa. La pequeña sala de estar y la cocina con una decoración sencilla y rústica era familiar y reconfortante cuando entró por la puerta delantera.

Pete estaba revisando el perímetro de la propiedad y Roger estaba estacionando el auto en el garaje separado de la casa después de dejarlos en la parte delantera, así que Michael y Claire estaban solos cuando entraron.

Claire tuvo una repentina visión de llegar a esta cabaña con Michael por una razón completamente diferente. Pasar un fin de semana tranquilo con él. Pasar noches de pasión con él. Verle soltar el profesionalismo que siempre ocultaba detrás. Tocando, conociendo, estando al fin con el hombre real. Por un momento lo deseó tanto que no podía respirar.

—¿Estás bien, Claire? —le preguntó cuándo se detuvo en seco sin explicación.

De repente se dio cuenta de que hoy había estado llamándola Claire, cuando nunca antes lo había hecho. Tal vez, quizás, él estaba experimentando los mismos sentimientos de cercanía y atracción que ella.

—Sí. —Su voz se quebró en la palabra.

Cuando bajó los ojos, extendió la mano y le levantó la cabeza. Su palma se mantuvo en su rostro, ahuecando su mejilla.

—Todo va a ir bien. No dejaré que te pase nada.

—Lo sé. Es sólo que...—Su voz se desvaneció, encontrando imposible expresar lo que sentía, lo que quería de él. Apoyó la cara en su mano caliente.

—Sólo dime qué puedo hacer por ti y lo haré. —Le encantaba la gravedad en su voz. Disparaba sensaciones que ondulaban hacia su espalda. Abrió la boca, pero esta vez las palabras no salieron—. Puedes decirme si algo va mal. No tienes que esconderte, Claire. —Sus ojos eran tan profundos que podría ahogarse en ellos—. No de mí.

Ella no quería ocultarse. Quería que él la conociera todo el camino. Y ella quería conocerlo tan profundamente.

Pero la idea de decirle eso, de despojarse completamente desnuda, era simplemente demasiado para manejar.

Ella bajó la vista de nuevo en una ola de timidez y sintió que él liberaba su cara. Se mantuvo quieta durante unos segundos, tratando de restablecer su equilibrio y compostura.

Cuando levantó la vista, Michael tenía puesta su cara profesional.

—¿Necesitas algo antes de ir a la cama?

Ella sacudió la cabeza, extrañamente aplastada por haber perdido el momento de cercanía.

—Gracias. Estoy bien. Me doy un baño y vuelvo.

—Está bien. Estaré aquí toda la noche. —Hizo un gesto hacia el salón—. Pete estará fuera. El sistema de seguridad que había instalado el mes pasado es lo último en tecnología. No hay nada por lo que debas preocuparte.

Ella le dijo buenas noches y se fue al dormitorio. Roger iba a dormir en la pequeña habitación sobre el garaje y Pete y Michael no dormirían en absoluto.

Ella se preparó un baño y vertió un poco de aceite de baño de miel de lavanda. Después se sumergió durante largo rato en el agua jabonosa, pensando en Michael y cómo de alguna manera habían crecido sus sentimientos por él.

No había ocurrido realmente de repente, sólo que no se había dado cuenta del cambio hasta que sus sentimientos habían completado la transformación. Se preguntó cómo se sentía él con ella.

Se preocupaba por ella como persona, estaba segura de eso. Si no se había dado cuenta antes de hoy, ahora lo sabía con certeza. Pero si sus sentimientos eran como los suyos era imposible de juzgar, ya que ocultaba su verdadero yo detrás de su profesionalismo estoico. Aunque un momento antes parecía sentir algo por ella, hasta que ella se había retirado en su nerviosismo.

De repente se acordó de que había estado acariciando su cabello mientras dormía en su regazo de camino. Se estiró en la bañera, disfrutando de ese recuerdo, tan borroso como estaba.

No la habría acariciado de esa manera si sólo hubiera sido un trabajo para él.

Había algo más, algo justo en el borde de su conciencia.

Se aclaró la mente y trató de recordar.

Se dio cuenta de que él estaba firme, con una oleada de emoción.

Había estado despierto cuando, en el coche, su mano había descansado inconscientemente en su ingle. Ella lo había sentido antes que él hubiera movido su mano.

Debía de sentirse atraído por ella. Al menos un poco.

Él le había dicho en la fiesta que, si dejaba de ocultarse y revelaba quién era en realidad, cualquiera la adoraría.

De repente supo que hacer a continuación. Le haría falta todo el valor que poseía, pero podría hacerlo.

Era tímida, pero la única manera de conseguir lo que quería era dejar de esconderse.

No de todos, pero al menos de Michael.

Ella confiaba en él y valdría la pena.

Salió de la bañera y se secó. Lo primero que hizo fue comprobar la mesita de noche. A principios de año había salido con un chico durante un par de meses hasta que ambos se dieron cuenta de que no iba a funcionar porque él no dejaba de sentirse frustrado con su introversión. Habían venido aquí una vez, un fin de semana, antes de haber roto. Todavía había una caja de condones en el cajón y comprobó la fecha para asegurarse de que no habían expirado.

Ya que eso estaba cubierto, buscó en los cajones del aparador. Siempre tenía algo de ropa aquí, pero no tenía nada remotamente sexy. Se sentiría absolutamente ridícula en un conjunto picante de todos modos, ya que no era su estilo. Tenía un montón de pijamas holgadas y sudaderas, pero nada de eso funcionaría en absoluto.

El único camisón que tenía en la cabaña era uno de algodón blanco que llevaba cuando hacía mucho calor en verano. Tenía unos tirantes finos de encaje y se ceñía por debajo de los pechos con una cinta. Parecía demasiado joven e inocente para sus propósitos, pero sería mejor que el pijama de franela.

Se lo puso y se aplicó un poco de loción que olía como el aceite de baño que usaba.

Se cepilló el pelo y trató de luchar con los nervios sin aliento.

Otras mujeres lo hacían todo el tiempo. No era malo ni inapropiado dejarle saber a un hombre que estaban interesadas. El hecho de que nunca lo hubiera hecho antes no significa que no valiese la pena hacerlo ahora.

Tenía que ser valiente.

Si se dilataba por más tiempo cambiaría de opinión por completo, por lo que se obligó a salir de su habitación y entrar en la sala de estar.

Michael estaba sentado en el sofá de cuero, mirando algo en una tablilla y bebiendo una taza de café. Se había quitado la corbata y la chaqueta y llevaba las mangas subidas hasta el codo. Ella nunca lo había visto tan deshecho y la visión le hizo un nudo de deseo en el estómago. Levantó la vista y casi se puso de pie cuando la vio.

—¿Va todo bien? —preguntó, escaneando su cuerpo de la forma en que siempre lo hacía, evaluando su estado.

Se demoró un poco más de lo habitual en las piernas y en los pechos, y ella trató de entusiasmarse en ese pequeño signo de su interés.

—Sí —acertó a decir, su voz estaba clavada en su garganta.

—¿Qué necesitas? Pensé que te habías ido a la cama.

—No. —De repente se sintió absolutamente estúpida. Sólo había tenido algunas citas muy de vez en cuando, hombres seguros que no se sentían intimidados por su sosiego ni por su padre, por lo que ellos siempre habían hecho los primeros movimientos. Nunca antes había estado en esta situación y se preguntó cómo otras mujeres lograban llevarlo a cabo sin sentirse como una tonta.

Por supuesto, también se preguntó cómo las mujeres se las arreglaban para ser el centro de atención sin quererlo, interactuando con la gente fácil y

naturalmente, lo que dejaba claramente una gran cantidad de las interacciones sociales para lo que no estaba hecha.

Sin tener ni la menor idea de qué decir, se sentó en el sofá. Michael se sentó a su lado.

Sus ojos buscaron su cara.

—Pensé que tal vez necesitabas estar sola después de hoy.

Normalmente hubiera querido estar sola. No estaba segura de lo que se había metido en ella esta noche y estaba empezando a pensar que su decisión espontánea había sido un gran error. Y ya que ella misma se había atrapado por venir aquí, se las arregló para decir:

—No quiero estar sola.

—¿Estás nerviosa por el acosador? —Seguía mirándola fijamente como si estuviera tratando de averiguar lo que estaba pasando en su mente—. Si te hace sentir más segura, puedes quedarte aquí conmigo.

Ella asintió, ya que por lo menos se acercaba a lo que quería.

—Tendrás demasiado frío usando eso. Ve a ponerte algo más encima.

Ella echó un vistazo a su pequeño camisón y vio que sus pezones se habían endurecido por el frío, u otra cosa, y su contorno era claramente visible a través de la clara tela.

—No quiero ponerme nada más. —Debería haber sido capaz de hacer más sexi el sonido de esa declaración de cómo lo dijo. Era un fracaso total siendo seductora.

—Claire —comenzó a decir Michael, su voz adquirió el tono grueso que recordaba de antes—. Sé que tienes el derecho a llevar lo que quieras. Pero viéndote así, como que se me hace muy difícil, así que te agradecería si pudieras cubrirte un poco más.

Lo miró fijamente, de repente esperanzada. Y ahora veía lo que había estado demasiado nerviosa para notar antes, una cierta tensión en la mandíbula y

los hombros y un delicioso ardor en sus ojos que estaba diligentemente tratando de ocultar.

—No pensé que... no pensé que siquiera notaras cómo me veía.

Se enfocó hacia abajo en el portátil que había dejado sobre la mesa cuando había entrado en la habitación. Podía asegurar que estaba tratando de evitar que sus ojos se deslizaran hacia su cuerpo.

—Te equivocaste.

Ella estaba sin aliento con algo más que nervios. Se acercó y le puso una mano sobre su pecho, como antes había hecho en el coche, cuando había pensado que podría besarla.

—Bueno, ya que lo trajiste a colación, tú, viéndote así, hace que sea muy difícil para mí.

Volvió la cabeza hacia ella con una sacudida y vio que su intento de frenar su deseo estaba fallando.

—¿Viéndome cómo?

—Viéndote como... como Michael. —Ella deslizó su mano por su pecho, elevándola a la cara. Le acarició la piel áspera de su mandíbula.

—Claire —susurró, casi temblando por el visible esfuerzo que le llevaba contenerse—. Deberías volver a tu habitación.

—No quiero volver a mi habitación. —Empujó sus piernas por debajo de ella para poder ponerse en una mejor posición. Entonces se inclinó hacia delante hasta que sus labios quedaron a tan sólo unos centímetros de los suyos—. Quiero quedarme aquí, contigo.

Con un gemido áspero, él la tomó en sus brazos y en un beso hambriento.

Su cuerpo se estremecía de placer mientras sus brazos se apretaban alrededor de ella y su boca se movía contra la suya con dura urgencia. Ella enredó los dedos en su pelo grueso y abrió la boca para su juguetona lengua.

Tratando de acercarse más a él, para sentir su cuerpo grande y firme con más detalle, se sentó a horcajadas sobre su regazo mientras el beso se profundizó aún más. Su cuerpo ahora pulsaba con creciente excitación, presionó sus pechos contra el suyo y gimió en su boca cuando sintió que una de sus manos se deslizó hacia abajo y hacia la parte inferior, sosteniéndola posesivamente.

Su cabeza cayó hacia atrás cuando sus bocas finalmente se separaron y ella jadeó en voz alta mientras su hábil boca trazaba una línea erótica por su cuello al descubierto.

Su cuerpo estaba deliciosamente apretado y le encantaba cómo ella podía sentir algo profundo e intenso en espiral dentro de él, a punto de liberarse.

Ella quería liberarlo.

No era capaz de mantener sus manos fuera de él. Acarició sus anchos hombros, los músculos de sus brazos ondulantes, las esbeltas llanuras de su pecho. Todo él era Michael. Todo era fuerte y duro, caliente y absolutamente inquebrantable.

—Joder, Claire —murmuró mientras finalmente levantaba la cabeza. Su piel había estallado en un brillo de sudor—. No deberíamos hacer esto.

—Quiero hacer esto. —Le agarró la cabeza y tiró de él hacia otro beso.

Ella oyó un sonido deliciosamente bajo en su garganta mientras su lengua se enredaba en la suya y una de sus manos encontró la curva de su pecho.

Los dos estaban con la respiración entrecortada cuando se retiraron del beso. Él apoyó la frente contra la suya.

—Esto sucede a veces. Es una respuesta natural a una situación de crisis. Quieres esto ahora, pero...

—No es la situación de crisis. Quería hacer esto antes de que supiera que había un peligro real. —Ella se retorció en su regazo, su cuerpo desesperado por la fricción.

En su contoneo descubrió algo nuevo. Él estaba tan excitado como ella. Estaba duro debajo de la tela de sus pantalones.

Empezó a moverse contra el bulto en sus pantalones hasta que él lanzó un gemido impotente. Nunca había soñado que un hombre tan controlado como Michael respondería a ella de esa manera.

Trató de besarlo otra vez, pero ella se desprendió súbitamente de su regazo. Él la había recogido y rodó sobre ella en el sofá para que pudiera levantarse a sus pies.

Lo miró fijamente, jadeando y desorientada.

—¿Michael?

—Lo siento —dijo con voz áspera, de espaldas a ella y frotándose la cara con una mano—. Lo siento, Claire. Debería habernos detenido antes.

—Pero... pero yo quería... —Se sentía como si algo pesado hubiera caído del cielo aplanándola. Para aplastarla.

—Lo siento. Pero sería un error. No podemos hacerlo.

Una ola de calor que no era de excitación se la tragó.

—Está bien. Bien. Lo siento si... lo siento.

—No tienes nada que lamentar. Fue culpa mía.

No había sido culpa suya. Era culpa de ella. Ella era la única que había venido a él tan descaradamente. Y estaba claro que no quería que esto sucediera.

Se sentía atraído por ella, eso era evidente, pero no se sentía de la misma manera que ella.

Ella debería haberlo sabido mejor que esperar por ello.

Se debatió por unos segundos, bajando los ojos, tirando de sí misma hacia dentro, escondiéndose.

A continuación se tambaleó sobre sus pies.

—Lo siento mucho.

Michael empezó a responder. Le oyó decir:

—Claire. —Pero ella ya se había retraído demasiado y ahora tenía que escapar.

Tenía que estar sola.

De alguna manera tenía que recuperarse de esto.

Tan rápido como pudo, regresó a su habitación y cerró la puerta con un fuerte chasquido, dejando fuera a Michael y el resto del mundo.

Las paredes de la habitación eran una barrera que necesitaba desesperadamente.

Se acurrucó en una bola en la cama y pasaron varios minutos antes de que pudiera dejarse ir lo suficiente como para incluso llorar.

Cinco

Traducido por Jhos

Corregido por Viqijb

Claire había pasado a través de su primera oleada de emoción y estaba acostada en la cama, tratando de convencerse de calmarse, esto no era en realidad tan malo, cuando escuchó un golpe en la puerta de su cuarto.

Se suponía que su dormitorio sería seguro. Que allí se mantendría fuera del mundo. Ella no podía darle una respuesta inmediata.

—Claire. —La voz de Michael, justo en el otro lado de la puerta—. Claire, ¿puedo entrar?

Su voz sonó extraña, cansada, forzada, sin control. Eso la perturbaba excesivamente, y tuvo que luchar con otra oleada de emoción.

—Claire, ¿estás bien?

Podía decir, por la ansiedad resonando en su tono, que iba a irrumpir si ella no decía nada.

—Estoy bien.

Pensó que había sonado bien, que no dejó ver su estado de ánimo, pero evidentemente estaba equivocada.

—Por favor no llores. En verdad lo siento. ¿Puedo entrar?

No podía hablar de inmediato. Entonces se sentó con la espalda recta en la cama cuando vio la puerta abierta.

Su rostro trabajó desesperadamente cuando trató de ocultar sus emociones a Michael, que estaba de pie en el umbral de la habitación.

—Dije que estoy bien. —Se forzó a soltar.

Él caminó hacia la cama, su expresión desgarrada por algún sentimiento fuerte. Sin trazar nada estoico o impulsivo ahora.

—Mierda, Claire. Lo siento tanto. En realidad arruiné el asunto entero. Nunca quise lastimarte.

—Está bien. —Se las arregló para componer su rostro y voz—. Esto no es tu culpa. En realidad estoy bien. Puedo manejarlo si alguien no me desea.

El pensamiento dolió. Incluso sólo decir las palabras. Su pecho dolía demasiado.

Había pensado por un corto tiempo que Michael podría desearla, conocerla, por quien en verdad era.

Su rostro se retorció inexplicablemente.

—¿Piensas que no te deseo? —Extendió su mano y tomo su rostro con ambas manos—. Claire, no tienes idea de cuánto...

Sus palabras fueron interrumpidas por el sonido estridente y agudo que llenó la cabaña entera.

Sin duda, Michael recobró sus pies y corrió fuera a la zona de estar. Claire tropezó detrás de él. Ya había recogido su tableta y su arma cuando ella lo alcanzó.

—Alguien en el lado norte de la propiedad —murmuró, comprobando la pantalla de la tableta. Había cambiado en sólo un instante a su modo de crisis, completamente alerta y preparado para la acción, su anterior distracción emocional olvidada.

Claire no podía cambiar tan rápidamente. Confusa y desorientada, abrazó con sus brazos su pecho.

Pete corrió dentro a través de la puerta principal de la cabaña, su arma en mano.

—Ve de nuevo a tu habitación —le ordenó Michael secamente—. Llama a tu papá y no le cuelgues hasta que regrese. —Se giró hacia Pete—. Quédate con ella. Que nadie entre.

Cuando ella no se movió lo suficientemente rápido, Michael la empujó de nuevo en su dormitorio. Pete tomó su posición en el umbral, y luego Michael fuera de la puerta principal.

Claire estaba temblando cuando alcanzo su teléfono y marco a su papá. Era tarde, pero él no debería haber estado dormido porque respondió al segundo timbre.

—Hey, ¿está todo bien?

—No lo sé. —Su voz estaba temblorosa.

La voz de su padre cambió inmediatamente.

—¿Qué está pasando?

—Hay alguien en la propiedad. Michael fue a verificarlo afuera.

—Pero ¿está Pete contigo?

—Sí, Pete está aquí conmigo. —Tomó una respiración irregular, de repente aterrorizada sobre la idea de Michael allí afuera con una persona psicótica. Él siempre era meticulosamente cauteloso sobre la seguridad de ella, pero él no podría ser tan vigilante acerca su propia seguridad.

¿Qué si algo le pasaba a él?

—¿Hay allí alguien más?

Ella tragó un nudo de miedo.

—No. Sólo estoy asustada. Él está allí afuera solo. Que si...

—Nadie es tan bueno en este tipo de cosas como Michael. Sabes eso.

—Sí.

—Lo elegí a propósito porque es el mejor. Así nada podría pasarte.

—Lo sé. —Se inclinó en su lado de la cama y se acurrucó en una bola, el teléfono en su oído—. Pero ¿qué sobre él?

—Estará bien. Todo saldrá bien.

—Sí.

No era capaz de decir nada más, y su padre evidentemente comprendía. Mantuvo el teléfono en su oído mientras esperaba, escuchando nada más que la suave respiración de su padre.

Quiso ir afuera y buscar a Michael. Quería ir fuera y ayudarlo. Pero no soñaría con ser tan imprudente. No tenía la habilidad para ayudarlo de cualquier manera y, si lo intentaba, probablemente sólo conseguiría salir lastimada. O asesinada.

O conseguir a Michael muerto.

No estaba segura de que hacer si eso ocurriera. Él había sido parte de su vida por tanto... y significaba tanto para ella de lo que se había dado cuenta antes.

Incluso si él no quería tener sexo con ella, ella no podía permanecer para si no está estaba sano y salvo.

Después de unos diez minutos, su ansiedad está convirtiéndose en pánico.

—Esto está tomando demasiado tiempo —dijo en el teléfono. Se sentó y miro sobre el umbral—. Pete, ¿crees que debería ir a comprobar y ver si él está bien?

—No, bajo ninguna circunstancia —su padre exclamo.

—No hay forma de que vaya a dejarte sola —dijo Pete exactamente a la vez. Él pareció notar algo en su rostro y golpeo su auricular—. Él comprobó hace un par de minutos. Estaba bien. Todavía buscando. Hay un montón de propiedad aquí para buscar.

—Oh. Bien.

Así que todo lo que Claire podía hacer era esperar.

Termino esperando casi cuarenta minutos. Pete le dejo saber todas la veces que Michael comprobaba, lo cual ayudaba bastante. Sólo fueron en verdad malos los últimos quince minutos, cuando Pete no escucho nada de Michael.

Pero al final dijo:

—Lo conseguí. Lo conseguí. —Dejó el umbral para caminar hacia el frente de la cabaña.

Claire se sentó de inmediato. Su padre podría haber escuchado lo que estaba pasando porque dijo:

—No vayas a ningún lado. No hagas nada hasta que Michael regrese.

—No lo haré.

Unos pocos segundos después, Michael apareció en su dormitorio. Pete debió haberse hecho cargo del acosador porque Michael estaba solo.

Dejó salir un pequeño sollozo de alivio a la vista de su familiar guapo rostro y fuerte cuerpo. Había suciedad y sudor en su piel y en su ropa, pero extendió la mano hacia él instintivamente cuando el vino y se sentó al borde de la cama.

Tomó su teléfono de su mano y puso uno de sus brazos alrededor de ella mientras se acurrucaba contra su lado.

—Lo hemos atrapado, señor —le dijo Michael a su padre en el teléfono—. Thomas Waverly. Trabajaba para la compañía de catering que usamos para la fiesta de anoche.

Su padre debe haber dicho algo, pero Claire no pudo oír lo que era. A ella ni siquiera le importó al momento, desde que el brazo de Michael estaba sosteniéndola tan apretadamente que no podía respirar.

Ella quería eso. Necesitaba eso.

Michael y su padre tuvieron una breve conversación. Desde el lado escuchó que Waverly debía haber trabajado brevemente para el estudio antes de irse

a trabajar con la compañía de catering. Entonces hicieron sus planes sobre qué hacer a continuación.

El siguiente lapso de tiempo pasó en un borrón. Michael colgó con su padre y llamó a la policía para las gestiones para llevar a Waverly bajo arresto. Había despertado a Roger, así él podría conducir a Pete y Waverly a la estación del pueblo.

Claire sólo espero a través de la logística acurrucada en la cama, tan abrumada con emociones que tenía miedo a desmayarse. Durante toda su vida, con cualquier emoción fuerte, se había sentido de la misma manera, como si no tuviera fuerzas para sacarla, para contenerla, ya que sus sentimientos eran demasiado profundos para canalizarlos, demasiado poderosos para expresarlos.

Siempre se había preguntado en secreto si las personas que podían expresar sus emociones fácilmente no sentían tan profundamente como ella lo hacía. Racionalmente, sabía que no era cierto, pero era la única manera que podía comprenderlo.

Finalmente, los otros se fueron, Michael vino de regreso dentro del dormitorio.

Ella se sentó de nuevo, temblando con algo que no era miedo.

—¿No necesito ir a hablar con la policía también?

Él permaneció de pie junto a la cama.

—No esta noche. Hablarás con ellos mañana, pero podemos programar un tiempo y conseguir un abogado para ir contigo.

—Oh. De acuerdo. Así que ¿todo está bien por ahora?

—Sí. Todo está bien. —No se fue, pero tampoco se movió. Permaneció completamente sin emoción y siguió mirándola, algo indescifrable profundo en sus ojos.

—Está bien. —Ella estaba temblando, eso era visible en sus manos y audible en su voz.

—Está todo terminado ahora.

—Bien.

—Claire, cariño —murmuró con voz ronca—. Todavía estas temblando. Dime que está mal.

—Nada está mal. —No lo estaba. Ella sólo estaba sintiendo demasiado, todas las emociones centradas en el hombre frente a ella.

—Entonces dime lo que estás pensando.

Aclaró su garganta y se obligó a decirlo.

—Michael es el ángel guerrero, de pie en la brecha de las huestes de Dios.

Su rostro se suavizó con algo que conocía, sabía, era una poderosa emoción. Como ella, él no podía siempre expresarlo.

—En ese pequeño escenario, ¿eres tu Dios entonces?

Ella rió ante su tono seco, afectuoso, pero su voz se rompió cuando admitió:

—No. Dios nunca habría estado tan asustado como yo lo estaba.

—Nunca habría dejado que cualquier cosa te ocurriera.

—Sé eso. Estaba asustada por ti.

Y eso fue lo que rompió la tensión estremeciéndose entre ellos.

Con una explosión de denso sonido, él se agachó por ella y la empujó arriba en un beso. Se agarró a él con urgencia, arañando en sus hombros mientras los sentimientos y sensaciones que la abrumaban, finalmente se liberaron.

Se las arregló para empujarlo en la cama con ella, y parecían no poder parar de besarse. Él estaba caliente y pesado sobre ella, y tiró de su camisa hasta que se las arregló para quitársela. Deslizó sus manos a lo largo de la piel tensa de su espalda.

Su boca la devoró, pero la suya era tan voraz como necesitada.

—Joder, Claire —murmuró, finalmente rompiendo el beso pero su boca hizo su camino a lo largo de su mandíbula y abajo el palpitante pulso en su cuello—. Eres tan dulce. Tan hermosa.

Gimió de placer, a ambas, a las palabras y las sensaciones, y luego se arqueó sin poder evitarlo cuando él bajó su cabeza aún más y tomó un pezón en su boca a través de la tela de la bata.

Ya dolorida por la excitación, ella trató de envolver una de sus piernas alrededor de su cadera, retorciéndose debajo de él mientras la acariciaba y bromeaba.

Cuando las sensaciones eran casi demasiado, ella tiró de su cabello hasta que levantó su cabeza. Su piel estaba empapada y sus ojos azules intensamente ardientes.

Él sólo la miró fijamente, como si no pudiera apartar la mirada.

Ella utilizó la distracción para agarrar su camisa y comenzar a deshacer los botones. La ayudó con ello hasta que ella pudo caer al lado de la cama, y luego él empujó su camiseta fuera sobre su cabeza, dejándole a ella frotar sus palmas sobre la deliciosa textura de su pecho.

Limpio su rostro con el dorso de su antebrazo.

—Mierda. Voy a ponerte toda sudada y sucia. Debería haber tomado un baño primero.

Una oleada de regocijo se apoderó de ella; una necesidad de aliviar de la intensidad, y rió sin poder evitarlo empujándolo en un abrazo.

—Definitivamente no puedo esperar a que tomes una ducha. No puede esperar del todo. Te quiero ahora. —Para probar su punto, frotó su excitación descaradamente contra su cadera.

La besó de nuevo, sosteniendo su cabeza en el lugar con una mano. Cuando sus labios se abrieron, él murmuró:

—Te quiero también. No tienes idea de cuánto.

—Puedo sentir un poco de cuánto. —Se las arregló para poner su mano entre sus cuerpos y presionó contra el bulto de su erección.

—Sólo un poco, ¿eh? —A pesar del tono irónico, su respiración se atascó audiblemente cuando ella lo acarició.

—Tal vez un poco más que poco.

Se rió mientras la besaba, pero su abrazo rápidamente giro fuera de control de nuevo.

Mientras la urgencia tomaba el control, ella se movió con sus pantalones hasta que se deshizo de ellos y luego trató de empujarlos abajo sobre su cadera. Él estaba demasiado distraído tratando de besarla y empujar su bota sobre su cabeza simultáneamente para ayudarla, así que tenía algún problema consiguiendo sacar sus ropas. Eventualmente se las arregló.

Con ambos desnudos al fin, su abrazo creció con hambre, ardor, la sensación de su piel contra la suya era una deliciosa forma de tortura. Cuando bajó su boca a sus pechos de nuevo, ella jadeó.

—Por favor, te necesito ahora, Michael.

—Pero tú no estás listas para mí todavía, ¿verdad? —Levantó su cabeza para mirar abajo hacia ella, una ligera preocupación ensombreció el deseo irradiando de él. Alcanzó entre sus piernas y deslizó sus dedos a través de su carne excitada, probando su disposición.

Ella resopló con risas y excitación mientras él la acariciaba. Sentiría cuán mojada estaba, a pesar de su juego previo breve y un poco torpe.

—Te necesito ahora —repitió ella, arañando su trasero en un intento de empujarlo en su lugar.

Comenzó a establecerse entre sus piernas cuando él se retiró sin advertencia.

—Condón.

Ella no podía creer que casi lo había olvidado. Nunca había estado tan completamente abrumada con necesidad y sentimientos antes. Siempre había disfrutado del sexo mucho, pero nunca había tomado todo lo demás.

—En el cajón —dijo, asintiendo hacia la mesita de noche.

Él agarró un condón y lo enrolló rápidamente. Luego se reposicionó y utilizó su mano para alinear su erección a su entrada.

Separó sus muslos haciendo espacio para él, y ahora balanceaba sus caderas para encontrarse, desesperada por sentirlo dentro de ella.

—¿Estás segura de esto, cariño? —preguntó con voz ronca, sus ojos fijos en los de ella, justo en la cúspide de conexión.

—Sí, si, por favor. Te quiero demasiado.

Se deslizó lentamente, empujando atrás una vez para reacomodar la penetración. Ella se arqueó por el placer y presión cuando su dura longitud se hundió más profundamente en su interior.

Cuando terminó su embestida, Michael se dejó caer sobre ella, respirando pesadamente. Podía decir que estaba tratando de recobrar la compostura, pero no podía esperar por que recuperara el aliento. Comenzó a mover sus caderas ansiosamente, tratando de montarlo desde abajo, ya sintiendo las sensaciones intensificarse.

—Joder, Claire. Un momento... —La voz de Michael era espesa y sin aliento, y ladeó su cabeza hacia el lado, tratando de controlarse todavía con demasiado esfuerzo que su cuerpo temblaba visiblemente.

—No puedo —jadeo—. Necesito... necesito... —Su cuerpo se sentía fuera de control, de emociones como de sensación físicas.

Con un bajo gemido, Michael abandonó la lucha por controlarse. Toda la tensión que mantuvo enrollada firmemente dentro de él se soltó en ese momento. Comenzó a empujar duro, rápido, urgente.

Ella gritó cuando sintió que lo dejaba ir, ya que era exactamente lo que quería. Igualó sus movimientos mientras el mundo se quedaba reducido a

nada más que este ritmo, este hambre, este calor, los intensos ojos azules de él sosteniendo los suyos sin vacilar.

Esto era lo que ella quería, Michael despojado de su estoica máscara y plenamente con ella, con ella, al menos.

Gruñía mientras se movía sobre y dentro de ella, y ella arañó líneas abajo en su espalda y sobre su trasero cuando sintió un orgasmo improbablemente pronto. Sus movimientos eran carnales, primitivos, una perfecta expresión de sentimientos que finalmente se permitieron canalizar.

Se escuchó haciendo sonidos de sollozos mientras su cuerpo se sacudía con su clímax que se acercaba. Su boca se abrió con un grito silencioso cuando el placer rompió en intensas olas de placer.

Michael se congeló por un momento cuando su canal apretó fuertemente alrededor de él. Luego él lo perdió, sus caderas tiraron contra las suyas empujes un poco más rápido, más ceñidos cuando ahogó una exclamación rota.

Había bajado lo suficiente para ver su rostro retorcerse en placer. Ser testigo de su liberación era sólo tan poderoso como su propio orgasmo.

Siempre estaba tan controlado. Saber que él había perdido el control, con ella, fundió algo junto en su corazón.

Cuando la última oleada de placer se trazó a través, sus codos se doblaron, y apenas se sostuvo antes que su peso terminara sobre ella. Pero ella lo empujó debajo de todos modos, envolviendo sus brazos alrededor de él y queriendo sentirlo ahora tanto como lo había hecho antes.

Jadeó contra su cuello, presionando pequeños besos sobre su piel. Ella lo abrazó, amando cómo su cuerpo se ablandó en sus brazos.

Cuando él levantó su cabeza un poco, vio algo suave e irónico en sus ojos.

Sonrió en respuesta a la expresión y al desbordamiento de afecto en su pecho.

—Bueno, eso tardó dos minutos completos —murmuró, inclinándose para besar la esquina de su boca—. El desempeño más patético, de verdad.

Ella sonrió contra sus labios.

—No, no lo fue. Me encantó.

—A mí también. Pero dame un minuto a dos, y te prometo que puedo hacerlo mejor.

Rió y lo abrazó de nuevo, un cálido deleite se apoderó de ella cuando lo escuchó reír también.

Antes de que quisiera dejarlo ir, se empujó arriba y lejos hasta que ella lo soltó.

—Necesito hacerme cargo del condón —explicó.

Observó mientras se levantaba para disponer de él, admirando las fuertes líneas masculinas de su cuerpo desnudo. Debió haberla visto mirándolo porque arqueó sus cejas cuando regresó de nuevo a la cama.

—Tienes un muy bonito trasero —le dijo cuando se tendió a su lado y apoyó su cabeza en sus manos para mirar abajo a ella.

La esquina de su boca se torció.

—Gracias. Por el momento tiene unos pocos rasguños.

Sintió sus mejillas calentarse, dado que sabía que estaba diciendo la verdad. Había estado muy entusiasta antes.

—No puedes culpar a nadie más que a ti mismo. Estabas moviéndote demasiado lento.

—Nunca había sido acusado de eso antes, pero trabajaré en ello. — Suavemente empujó la sábana con la ella se había cubierto, sus ojos demorándose en su pecho desnudo, el vientre y la ingle—. Tienes todo muy bonito —murmuró.

La ardiente mirada en sus ojos hizo que sus mejillas se calentaran incluso más. Se habría sentido autoconsciente si no fuera por la obvia apreciación en su expresión. Antes de que pudiera pensar en cualquier cosa ingeniosa para decir en respuesta, él se inclinó abajo para rozar sus labios contra los suyos.

El beso era suave, casi dulce, y se sintió un poco derretida cuando levantó su cabeza unos centímetros para mirar abajo de ella. Cuando bajó su rostro por otro beso, ella se acercó y pasó sus dedos por su ondulado y oscuro cabello.

Acarició el interior de sus labios con su lengua. Ella abrió su boca instintivamente y suspiró de placer cuando él profundizó el beso. Duró bastante tiempo, sin una necesidad creciente esta vez, pero eventualmente él se alejó de su boca así podría besar su camino abajo por su cuerpo.

Se tomó su tiempo, acariciando y burlándose de ella con sus hábiles labios y sus fuertes manos. Para el momento en que alcanzó su vientre, Claire estaba pulsando con excitación de nuevo y sacudiendo su cabeza sin cesar en la almohada.

Separó sus muslos y la acarició íntimamente con sus dedos. Ella jadeó cuando deslizó sus dedos dentro de su húmedo canal. Luego bajó su boca a su clítoris, burlándose con su lengua. Dio un pequeño jadeo a cada sacudida de placer.

Pronto las sensaciones habían fundido en un clímax cada vez mayor. No podía quedarse quieta y no podía estar tranquila, ya que se intensificó, por lo que se agarró a la ropa de cama con una mano y con la otra sostuvo la cabeza de Michael en su lugar entre sus muslos.

Estaba acariciándola con dos dedos y succionando su clítoris, y pronto se vino tan fuerte que tuvo que sofocar un grito mordiendo su labio.

Su cuerpo se relajó deliciosamente mientras las olas de placer finalmente cesaron, y Michael levanto su cabeza, limpiando su boca con el dorso de su mano.

—Oh Dios, gracias —suspiro, revelando la satisfacción física y la emoción que Michael había hecho por ella—. Eso fue increíble.

—Te dije que podía hacerlo mejor. —Estaba sonriendo mientras beso su camino de regreso a su boca. Ella todavía pudo saborearse en sus labios, e incluso no le importo.

Él estaba duro de nuevo. Coló una mano entre sus cuerpos así podría masajear su erección mientras se besaban. Su cuerpo se fue tensando, aunque no tan intensamente como antes. No iba a perder el control todavía.

Después de unos pocos minutos de besarse, ella alcanzó un condón y lo hizo rodar así él podría ponérselo. Luego se empujó encima de él hasta que estaba a horcajadas sobre sus caderas, y sostuvo su erección en su lugar y la ayudó a bajar sobre él, envainando su dura longitud en su cuerpo.

Se movió sobre él lentamente, tratando de encontrar un ángulo placentero y ritmo. Era normalmente consciente de sí misma encima, pero adoraba la manera en que él la miraba, sus ojos acariciando su cara caliente, sus pechos desnudos, y el lugar más abajo donde estaban unidos.

Él levantó una mano para acunar su rostro, y su expresión tenía tanta ternura que le quitó el aliento.

Nunca conoció, simplemente nunca conoció, a este hombre apasionado que existe debajo del estoico Michael que siempre había sido antes.

—¿Puedes venirte, cariño? —preguntó, cuando ella fue más despacio porque sus muslos estaba cansados.

—No aún. —Acarició su pecho, los firmes músculos, las ondulaciones de sus costillas, el grueso pelo oscuro que le encantaba sentir debajo de sus palmas—. Pero estoy bien. Puedes venirte si lo necesitas.

Sacudió su cabeza.

—Te dije que podía hacerlo mejor esta vez. —Levantó sus caderas hasta que se deslizó fuera, y luego los giró a ambos, así ella estaba de espaldas y él estaba sobre ella. Extendió sus piernas un poco más abiertas e inclinó una arriba, hacia el pecho de ella. Entonces la penetró de nuevo.

Se movió con él cuándo comenzó los empujes, y pronto la tierna mirada en sus ojos cambió a hambrienta y urgente. Eso pareció estimularla porque la fricción causó que sus nervios se dispararan en rápida sucesión.

Había estado sosteniéndose de sus hombros, pero ahora comenzó a arañarlos de nuevo. Envolvió sus piernas alrededor de su cintura, enganchándolas en el segundo intento. Se deslizó un poco más profundo, y ella soltó un grito en respuesta.

—Bien —gruñó—. Bien, cariño. Acaba para mí. —Sus caderas estaba trabajando duro y rápido, y la tensión estaba sólo al borde de la liberación.

Se vino, temblando y gritando mientras el clímax barrió sobre ella. Él se mantuvo embistiendo contra las contracciones, extendiendo la duración mientras cabalgaba fuera de su orgasmo.

Entonces, finalmente se dejó llegar también, dejando ir cualquier exclamación rota que sonó casi como su nombre.

De nuevo, fue capaz de observar el clímax de él. De nuevo, se deleitó en la vista de su familiar rostro tan completamente abrumado con lo que estaba sintiendo.

Envolvió sus brazos alrededor cuándo terminó, y esta vez ninguno de ellos necesitó hablar.

Estaba exhausta y completamente saciada cuando se hizo cargo del condón y regresó a la cama con ella. La tomó en sus brazos y la sostuvo cerca.

Se acurrucó contra él, sintiéndose como que debería decir algo pero sin encontrar la energía. Estaba aniquilada del día y la noche muy larga, pero no quería estar sola. No quería dejar sus brazos.

Después de un tiempo, Michael se movió contra ella y le acarició el cabello.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien. Demasiado bien. —Acarició su vientre plano y escuchó su corazón latir debajo de su oído—. ¿Qué sobre ti?

Levantó su cabeza lo suficiente para besar su cabello.

—También estoy bien.

No pasó mucho tiempo hasta que cayó dormida.



Cuando Claire se despertó una hora después, todavía estaba presionada contra el costado de Michael. Podía sentirlo tratando de moverse lejos, incluso en su estado semiconsciente, así que lo agarró y trató de sostenerlo en su lugar.

—No te vayas —murmuró—. Te quiero aquí. —Se acurrucó contra su fuerza y calor.

Su brazo, el único que todavía estaba alrededor de ella, se apretó palpablemente.

—Estoy aquí, Claire. Estoy aquí.

Suspiró de alivio cuando sintió su cuerpo relajarse, y cayó en el sueño de nuevo.



La siguiente vez que Claire despertó, Michael se había ido para siempre.

Seis

Traducido por Akira

Corregido por Caro 🎵

ran más de las nueve cuando Claire se despertó.

Ella nunca dormía hasta tan tarde, pero no se había ido a dormir hasta casi las cuatro, así que todavía estaba mareada, desorientada, y con un poco de dolor cuando por fin salió de la cama.

Su primer pensamiento fue buscar a Michael, pero, obviamente, él no estaba en el dormitorio. Su ropa, que había cubierto el suelo la noche anterior, también había desaparecido.

Probablemente se había levantado y vestido temprano. Se puso su pijama y luego encontró una bata para ponerse encima, ya que Michael podría no ser el único en la cabaña esta mañana. Se dirigió con los pies descalzos a la sala de estar para ver a Pete en el sillón, leyendo un periódico.

—Buenos días —dijo con una sonrisa, dejando el periódico.

—Buen día. —Le devolvió la sonrisa, pero sus ojos recorrieron la cocina y la sala de estar, con la esperanza de ver a Michael. Él no estaba allí—. ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Tu padre pidió que lo llames cuando despiertes.

Ella asintió al escuchar ese dato y se fue a la cocina para servirse una taza de café. Mientras lo bebía, caminaba de una ventana a otra, comprobando si Michael estaba afuera en alguna parte, pero sin querer que su búsqueda fuera demasiado obvia.

No lo vio, pero la propiedad era grande. Tal vez él estaba haciendo algo fuera de su vista.

Tomó su taza de café en su habitación para ducharse y vestirse. Media hora más tarde, reapareció y salió a buscar una segunda taza de café. Pete seguía allí, y Michael todavía no aparecía a la vista.

Incapaz de contener la pregunta, le preguntó casualmente:

—¿Está Michael haciendo guardia en alguna parte?

Pete miró vagamente sorprendido, como si ella debería haberlo sabido.

—Oh, no. Se fue a la comisaría temprano.

—Oh. —Dejó escapar un suspiro de alivio. Tal vez pensó que estaría de vuelta antes de que ella despertara—. ¿Así que volverá pronto?

Pete se movió, un poco incómodo. Todavía parecía un poco sorprendido, como si hubiera asumido que ella conocía toda esta información.

—No lo creo. Decidió tomarse un par de semanas de descanso, ya que por fin atrapamos a este tipo. No ha tenido vacaciones en años. —Ofreció ese último comentario casi con suavidad, como una ofrenda de paz.

—Oh. —El pecho de Claire comenzó a doler—. Está bien.

Se fue al dormitorio y corroboró la cama, la mesita de noche y el armario, buscando una nota que pudiese haber perdido. Tomó el teléfono y comprobó los mensajes, pero no había nada.

El dolor en su pecho estaba cayendo a su estómago, pero fue a ver si la nota estaba en la cocina o sala de estar, aunque no podía imaginar que la hubiese dejado allí.

Pero tampoco podía imaginar que la hubiese dejado sin decir palabra. Después de lo que habían compartido la noche anterior.

Incluso revisó su correo electrónico, en caso de que él hubiese querido dejar un mensaje más largo. Pero no había ninguna palabra de ningún tipo de Michael.

Se sentó en la cama, tratando de pensar, tratando de no reaccionar de forma exagerada.

Pero no había forma de que esto pudiera ser bueno.

Incapaz de procesarlo, sin embargo, llamó a su papá. Él le dijo que había ordenado a su abogado personal que se encontrara con ella en la estación de policía esa mañana para que pudiera explicar lo poco que sabía acerca de los incidentes de la noche anterior. Dijo que Roger y Pete la llevarían, ya que Michael estaba de vacaciones.

No parecía sorprendido ni parecía pensar que la ausencia de Michael era extraña.

Le preguntó si le importaría venir a su casa para pasar un par de días con él. Había estado preocupado por ella. No lo dijo, pero se notaba.

Le dijo a su padre que estaría feliz de quedarse en la casa por un tiempo, y luego colgó.

Miró su teléfono de nuevo, pero todavía no aparecía ningún mensaje de Michael.

Tal vez estaba pensando en encontrarla en la estación de policía.

Ella no se compartía con ligereza ni saltaba hacia cualquier cosa sin sentirse segura. Había estado segura de Michael. Había confiado completamente en él.

No podía creer que la había dejado así.

Aún con la esperanza de que las cosas no eran como parecían, se fue a la comisaría. Tomando el informe se movió lentamente, de modo que estuvo allí por un par de horas.

Michael nunca hizo acto de presencia.

Finalmente, estaba en su camino de regreso a Los Ángeles, Roger conducía el auto y Pete estaba en el asiento delantero.

Claire estaba sola en la parte de atrás, y no había oído una palabra de Michael.

No era un desconsiderado o un hombre insensible. Él no le habría hecho esto sin darse cuenta de cómo se sentiría. Sabría que estaría esperando oír de él, escuchar algo después de la noche pasada. Lo que significaba que le estaba dando un mensaje silencioso.

Se había tomado un par de semanas de descanso para no tener que verla ni hablar con ella. Para darle tiempo a superar las cosas.

Él estaba tratando de hacerle caer fácilmente, de evitar a los dos una conversación dolorosa.

Dolía tanto que no podía respirar. No podía llorar.

Se sentía mal. Sólo se sentía mal. No podía haber estado tan equivocada. No sabía exactamente lo que había entre ellos, pero era tan real que habían hecho el amor la noche anterior. Ambos habían sido reales, sin ocultarse nunca más.

No podía creer que no había significado nada para él.

En ese pensamiento, marcó su número en su teléfono, que había estado sosteniendo en una mano. Temblaba al oírlo sonar, y también sentía un poco de náuseas. Odiaba hacer llamadas, sobre todo si no estaba segura de sí la otra persona quería saber de ella.

No tenía idea de lo que iba a decir cuando Michael respondiera, pero sabía que tenía que intentarlo.

Sonó hasta que fue al correo de voz, y entonces colgó.

Una hora más tarde, trató de llamarlo de nuevo. Esta vez, se dirigió inmediatamente al correo de voz.

No más dudas o preguntas. Michael no quería saber nada de ella. Incluso si hubiera habido una emergencia con su madre, le hubiese enviado un texto rápido.

Su silencio era claramente el mensaje.

Sentía los sollozos dolorosos que subían por la garganta. Por un momento, le dolía tanto que no podía tomar una respiración completa.

Había intentado tan duro. Se había resistido a la tentación de ocultarse. Le había mostrado su verdadero yo, no importó cuán vulnerable eso la hizo.

Y él sólo no la había querido.

Era demasiado para controlar por su cuenta, no importaba lo mucho que era su instinto. Dado que no podía hablar con Michael, llamó a su papá.

—Hola, calabaza.

—Hola. —Fue sólo la palabra, y ella pensó que sonaba bastante normal.

—¿Qué hay de malo?

—Nada —mintió.

—¿Qué pasa? ¿Pasó algo en la comisaría? Oscar dijo que todo salió bien.

—Estuvo bien. Nada salió mal. —Tuvo que tragar con las palabras con el fin de contener la emoción en aumento.

No pudo contenerse. Sus hombros se estremecían y su rostro se torció cuando lanzó unos pocos sollozos mudos.

Su padre se quedó callado por un momento. Luego dijo suavemente:

—Por favor, dime lo que pasó.

Trató desesperadamente de recobrar la compostura. Cuando pensó que se tenía bajo control, empezó a decir:

—No es la gran cosa. Es sólo que... Michael...

Decir su nombre era demasiado terrible, admitiendo lo tonta que había sido era demasiado terrible. No podía continuar. Se ahogó en unos pocos sollozos más.

Su padre no la presionó. Él sólo esperó en silencio hasta que ella dejó de llorar.

Pero aún no podía decir nada. Hablar era demasiado duro. Las palabras no podían expresar sus sentimientos, y no querían ser pronunciadas.

—Nunca me esperé que me dieras detalles sobre tu vida personal —dijo al fin—, y sé que es difícil para que ti poder compartir las cosas que son profundas. Sé que pudo haber sido más fácil si hubieras tenido una madre con quien hablar. Pero, si algo te ha hecho daño, no deberías tratar de llevarlo sol. —Se aclaró la garganta—. Soy tu familia, calabaza. Puedes hablar conmigo.

Se vino abajo por completo, sollozando en voz alta, sin poder hacer nada.

Todavía era tan difícil para ella hablar de ello, pero este era su padre. La amaba invariablemente. Nunca la había dejado. Nunca la había defraudado. Nunca había dejado de contestar cuando llamó.

—¿Qué pasó con Michael? —preguntó su padre. Debió saber que estaba tratando de decirle.

Seguía llorando, pero se las arregló para desahogarse.

—Él no... No me quiere.

No respondió inmediatamente. Simplemente la dejó llorar hasta que logró recomponerse.

Luego le preguntó, casi con suavidad:

—Está bien, voy a hacerte una pregunta, y te prometo que es sólo porque quiero ayudar.

—Lo sé —le dijo ella, secándose los ojos.

—Porque eres tan tranquila, a veces la gente no sabe lo que estás pensando y sintiendo. Ellos no entienden que simplemente no te expresas con palabras. —Hizo una pausa por un momento—. ¿Estás segura de que él sabe cómo te sientes?

Se disolvió de nuevo, pero no se perdió totalmente.

—Él lo sabe. Yo fui buena. Yo... yo fui valiente. Realmente traté. Fui valiente.

—Oh, Claire, lo siento mucho.

Se enjuagó las lágrimas que corrían por sus mejillas. Su padre no dijo nada durante un minuto o dos. Sabía lo que estaba pensando, tratando de resolver las cosas en su mente, tratando de encontrar la manera de arreglar lo que era absolutamente irreparable.

Finalmente, dijo:

—No estoy seguro de que tienes la verdadera historia.

—De verdad, papá. No creo que esté exagerando. Me envió un mensaje muy claro.

—Creo que te ha enviado un mensaje, pero no creo que eso significa que no te quiere. Eso no suena bien para mí.

—Sólo lo dices porque eres mi papá. —Su fundamento en el pensamiento de que todo hombre debe estar loco por ella la tocó, sin embargo.

—No, no. Quiero decir, obviamente no hay hombre en el mundo que sea lo suficientemente bueno para ti, pero eso no es lo que quiero decir.

—¿Qué quieres decir? —A pesar de todo lo que sabía que era verdad, no podía dejar de sentir una pequeña chispa de esperanza.

—Quiero decir que no encaja con lo que sé de Michael. Hago un punto de no involucrarme en la vida personal de mis empleados, pero accidentalmente me enteré de las cosas y soy capaz de juntar los detalles en una conclusión razonada.

Apretó el puño en su regazo.

—No lo entiendo. ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que puedo creer que es un bastardo testarudo, demasiado cabeza dura para tomar lo que quiere, y creo que has confundido un poco las cosas y tus esfuerzos para compartir tus sentimientos no eran tan evidentes como piensas. Pero lo que no puedo creer es que él no te quiera.

Claire tragó saliva.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque tengo ojos en la cara y el hombre ha trabajado para mí durante seis años. De hecho, me he sentido mal por él a veces en el último año o dos, ya que está tan perdido por ti y tú siempre has sido tan ajena a todo.

—Pero, si eso es cierto, entonces ¿por qué lo haría...? ¿por qué iba a dejar...?

—No lo sé. Los hombres son estúpidos la gran parte del tiempo. Michael está siempre en la parte superior de su juego, así que imagino que puede ser más estúpido que la mayoría.

Su garganta le dolía nuevamente, pero de esperanza desconcertada y no de dolor.

—¿Así que piensas que tal vez... tal vez no es tan malo como parece?

—Realmente no lo sé. A veces estas cosas simplemente no funcionan, aun si ambas personas lo desean. Todo lo que digo es que el mensaje que has recibido de él, no es toda la historia. Valdría la pena averiguar lo que la historia es en realidad.

—Pero él se tomó unas vacaciones. Y ni siquiera responde a mis llamadas.

—No espero que sea simple. Especialmente no para ti. —Hizo una pausa antes de añadir, como si tuviera que considerar si de verdad lo quería decir:

—Nunca va a ser un hombre fácil, calabaza.

—Lo sé. Nunca quise un hombre fácil.

—Entonces sé valiente.

—Lo haré.

Cuando colgó, se sentó por largo tiempo en silencio, tratando de averiguar qué hacer, lo que Michael podría haber estado pensando, y dónde podía estar en estos momentos.

Tenía una idea, pero la aterrorizaba. Sería traspasar más allá de los límites de su naturaleza, haciéndola más vulnerable que cualquier cosa que había hecho la noche anterior.

Tenía que encontrar a alguien que no quería ser encontrado, acercarse a alguien que estaba escondiéndose de ella, expresar sentimientos que eran demasiado profundos para expresarlos.

Tomó un tembloroso suspiro y bajó la ventanilla que daba al asiento delantero.

—Roger —dijo, inclinándose hacia delante—. ¿Podemos hacer una parada antes de ir a la casa de mi padre?

—Por supuesto. ¿Dónde vamos?

—Rivercrest. El mismo lugar de anoche.

Pete le dio una mirada rápida, pero Roger ni siquiera dio un parpadeo.

—Claro que sí, señorita.

Levantó la ventana y trató de planear algunas cosas que decir, suponiendo que Michael estaba allí en absoluto.

Estaba bastante segura de que era el lugar donde él iba a estar.

Siete

Traducido por Aciditax

Corregido por Caro 🎵

Media hora más tarde, cuando Roger se detuvo en la entrada de la residencia de ancianos, Claire estaba tan aterrorizada que parecía casi entumecida.

Michael podría rechazarla. En su cara. Podría romper su corazón después que ella lo pusiera sobre la mesa.

Estaba en un trance extraño, confuso, mientras caminaba hacia el edificio y subía al cuarto piso. Lo hizo por el pasillo hasta el dormitorio en la esquina y vio que la puerta estaba abierta a medias.

Se puso de pie en la puerta y miró dentro.

Michael estaba allí, tal como había esperado.

Su madre estaba en un sillón junto a la ventana, pero estaba tendida y profundamente dormida.

Michael estaba sentado a su lado. Tenía su teléfono en la mano, pero no lo estaba usando. Su cabeza descansaba en una de sus manos, ocultando sus ojos. Parecía que se frotaba las sienes, y hasta sus hombros estaban caídos.

De repente, Claire supo que su padre tenía razón. Cualquiera que hubiera sido la razón por la que Michael la había dejado sin decir una palabra, no fue porque quería.

Se veía maltratado.

Dejó caer la mano por su frente, pero no levantó la vista. Sostuvo el teléfono con ambas manos y se quedó mirándolo.

Su corazón estaba con él, y fue golpeada con una necesidad imperiosa de ir a consolarlo.

Él era fuerte, sólido, competente y profesional. Pero no era irrompible.

Necesitaba a alguien.

La necesitaba.

Estaba a punto de responder a la compulsión a caminar y poner sus brazos alrededor de él, olvidándose de sus nervios, olvidando todo a lo que había tenido miedo tan sólo un minuto antes, pero él levantó la vista justo en ese momento y la vio.

Él parpadeó por un instante, obviamente procesando su apariencia. Luego se puso de pie con un tirón incómodo.

Se dirigió hacia ella, su expresión endurecida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —A pesar de la voz baja por consideración a su madre dormida, su tono era áspero y casi enojado.

—Quería verte.

—Bueno, no puedes estar aquí. Tienes que irte.

—No voy a dejarte. Necesito hablar contigo.

Evidentemente dándose cuenta de que no iba a deshacerse de ella, la tomó del brazo y la llevó hacia el pasillo. Cuando alguien pasó y miró con curiosidad, Michael miró a su alrededor, obviamente en busca de un lugar más privado para hablar. Terminó tirando de ella a un gran cuarto de baño con olor a canela.

Cuando cerró la puerta, dijo:

—Aquí, habla.

Para cualquier otra persona, su rostro podía parecer distante e impasible, pero ella podía ver el agotamiento, la tensión en signos tan diferentes. Levantó la mano para acariciar su mejilla con ternura.

—¿Estás bien, Michael?

Él tragó con tanta fuerza que podía verse en su garganta, y por un momento se inclinó en su mano. Luego dijo:

—Estoy bien. Pensé que habrías entendido cuando me fui esta mañana.

—No entendía lo que estabas tratando de decir, pero era lo peor que decir.

Sus cejas se juntaron mientras estudiaba su rostro.

—Has estado llorando.

Ella tomó una respiración indignada, brevemente distraída de lo que tenía que decirle.

—Por supuesto, he estado llorando, gran idiota. Me dejaste esta mañana sin decir palabra.

Su expresión se suavizó y se limpió el rastro persistente de una lágrima con el pulgar.

—Lo siento, Claire. Nunca quise hacerte daño.

—Bueno, me hiciste daño, y tengo derecho a saber por qué. —Su corazón le latía de nuevo, pero no importa cuán duro era para ella enfrentarlo, ahora estaba segura de que esto era lo correcto.

Él giró la cabeza hacia un lado y tomó unas cuantas respiraciones, obviamente pensando o preparándose para lo que pensaba decirle.

Ella no se lo permitió. No quería oír lo que él pensaba que era mejor para oír.

—Me juraste que nunca me habías mentido —murmuró ella, con la voz quebrada mientras recordaba lo que decía—, ayer por la mañana.

Dirigió sus ojos hacia ella.

—Nunca te he mentado.

—Sí, lo has hecho. —Pasó de un pie a otro, obligándose a mantener la mirada, aunque estuvo tentada a cerrar los ojos durante unos segundos—. Me dijiste que, si dejaba que alguien viera mi verdadero yo, ellos... me adorarían. Me prometiste que era verdad.

Él sólo la miró, algo se enroscó tensamente en su interior por la forma en que ella lo había visto antes.

—Y dejé que me vieras. De verdad. —Fue muy duro para ella para decir las palabras, a pesar de todo. Su voz se quebró y se quedó sin aliento.

Él hizo un sonido áspero en la garganta y se frotó la cara con su mano grande, apartando la mirada de ella.

—Maldita sea, Claire.

Sabía que él no quiso decirle eso, pero lo hizo de todos modos.

—Y aun así me dejaste.

—Vas a derramarlo todo, ¿no es así? —Él tomó una respiración más gruesa y se giró para mirarla a los ojos—. Está bien. Te lo daré todo. No te mentí, Claire. Te adoro. Te adoro más allá de todo sentido y razón. Te he adorado durante años, a pesar de que sabía que no debía hacerlo. Siempre te he adorado, aunque sabía que no estaba permitido. No puedo evitarlo. No puedo evitarlo. Me encanta todo sobre ti. Sólo te adoro, Claire.

Ella no estaba segura de lo que había esperado, tal vez algún tipo de expresión inicial de interés. Desde luego no se esperaba esto, y la ola de sentimiento la ahogó. Era demasiado. Escondió el rostro en su pecho y se aferró a su camisa.

Sus brazos la rodearon automáticamente, apretando con fortaleza y consuelo como necesitaba.

—Sólo necesito un minuto —se las arregló para jadear, incapaz de levantar la cabeza, pero con miedo de que pensara que estaba retirándose de él.

—Lo sé.

Fue menos de un minuto cuando fue capaz de enderezarse, capaz de mirarlo a los ojos y hablar de nuevo.

—Si te sientes así, entonces ¿por qué me dejaste esta mañana?

Él dejó caer los brazos de su cintura y su expresión cambió.

—Porque no es tan simple como eso. Estar contigo, incluso en las etapas iniciales de una relación cambiaría por completo mi vida. Tendría que dejar mi trabajo y encontrar uno nuevo. Tu padre paga por este lugar para mi madre, ¿lo sabías? Es uno de los beneficios del trabajo. Nunca me lo podría permitir. Tendría que encontrar un lugar nuevo para ella, y nunca sería tan bueno. ¿Lo entiendes? No sería una relación normal de citas para mí. Cambiaría todo.

Lo miró fijamente, con la esperanza de que lo que había estado sintiendo de repente se estrellara contra la angustia de nuevo.

—Yo... entiendo. No había pensado en todo eso, pero lo entiendo. Eso es pedir demasiado. No valdría la pena todo eso para ti.

Él se ahogó en un sonido áspero.

—Por supuesto que valdría la pena. Pero sólo estaría empezando. No soy tan tonto como para esperar que sientas lo mismo que yo. Sé que debíamos haber empezado de forma casual. Nunca hubiera puesto presión sobre ti para hacerlo serio tan pronto. Anoche fue increíble, pero nunca debería haber dejado que eso sucediera. No sé cómo puedo poner de cabeza toda mi vida y la de mi madre, y al mismo tiempo, arriesgar mi corazón de esa manera. —Levantó una mano para acariciarle la mejilla con los nudillos—. Nunca lo superaría. No puedo correr ese riesgo.

Ella lo miró fijamente a ciegas, tratando de procesar lo que acababa de oír.

—Lo entiendes, ¿verdad, cariño? —preguntó Michael con voz ronca—. Nunca quise hacerte daño. Creí que podías pensar que sería una locura para nosotros no tener más noches como anoche. Pero sería mucho más para mí que sólo salir contigo. No creo que pueda hacerlo.

Ella estaba casi jadeando ahora, mientras tantas diferentes emociones fuertes compitieron por el control en su interior. Por último, la frustración se impuso. Agarró sus hombros y trató de sacudirlo, aunque era mucho más grande que ella, era un esfuerzo inútil.

—¡Idiota! ¡Eres un completo idiota!

Él agarró sus muñecas y las tiró hacia abajo mientras intentaba sacudirlo un poco más.

—Claire, ¿qué te pasa? —Era más fuerte que ella, así que se las arregló para dejar de agitarla—. Lo creas o no, no estoy dispuesto a compartir mis sentimientos personales y no era precisamente fácil para mí decirlo. ¿Realmente me estás llamando idiota?

—Porque eres un idiota. ¿Qué si quiero más de ti también?

Él tomó su cara entre las manos.

—Sé que somos realmente muy buenos juntos. Y, después de anoche, tú también lo sabes. ¿Pero no entendiste lo mucho más que hay en juego para mí?

—Sí, te oí. Tú no me estás escuchando. Estás tan atrapado en tu saga maldita que nunca siquiera se te ocurrió que quizá podría adorarte también.

—¿Qué dijiste? —Se congeló, toda la tensión dentro de él estremeciéndose en su postura firme, en sus ojos azules.

Ella sacó las muñecas de su agarre y tomó sus manos en su lugar, por lo que sus manos estaban apretadas entre sus cuerpos.

—Me oíste. También te adoro. Hablando de cosas que son difíciles para uno hacer, ¿tienes alguna idea de lo difícil que fue para mí venir aquí para hablar contigo, después de que me rechazaste? Yo... casi no podía hacerlo. No hay otro hombre en el mundo, por quien habría ido en contra de mi naturaleza, ninguno, excepto mi padre. Pero pensé... sabía... que lo mereces. A pesar de que eres un idiota.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? —Siempre fue tan rápido que ella sabía lo difícil que lo había golpeado, ya que él no era capaz de seguir el ritmo de la conversación.

—Estoy diciendo que esto no sería casual para mí. Sería tan serio como lo es para ti. También estoy en esto todo el camino.

—¿En serio?

Claire lo miró, tratando de leer el aturdido temor en su rostro.

—¿Por qué es tan difícil de creer?

—Porque eres... eres tú. Y podrías tener a cualquier hombre que quisieras.

Su boca se torció al darse cuenta de que él realmente creía que tal cosa era cierta.

—Incluso si esa tontería es cierta, lo cual no es, todavía no importaría. Debido a que el hombre que quiero eres tú.

—¿Está segura? No soy romántico, encantador, o particularmente explícito sobre mis sentimientos. —Algo había cambiado en su comportamiento, sin embargo. No estaba haciendo tan buen trabajo conteniéndose de nuevo. Había deslizado un brazo alrededor de su cintura y se peinaba el otro lado a través de su pelo—. Además, soy demasiado viejo para ti.

—No quiero un conversador encantador y romántico. Hablar demasiado me vuelve loca. Lo sabes. —Sintiendo que su batalla ya había sido ganada, se permitió darle una sonrisa dulce—. Y no creo que seas demasiado viejo. No puedes tener más de cuarenta.

Él hizo un sonido ahogado.

—¿Cuarenta? Ni siquiera tengo treinta y cin... —De pronto, debió haberse dado cuenta que le estaba tomando el pelo. No había sido capaz de mantener su sonrisa inocente—. Maldita sea, Claire.

Ella se echó a reír sin poder hacer nada, y la tomó en un abrazo apretado.

—Por favor, deja de inventar excusas ridículas —dijo ella, ahogada por la camisa—. Si no me quieres, lo aceptaría. Pero no voy a aceptar ninguna otra cosa. Así que sólo dime la verdad. ¿Me quieres?

—Más que nada.

—Entonces estamos bien. Porque también te quiero.

Michael inclinó la cabeza hacia atrás para poder mirarla a la cara, y vio todo lo que necesitaba en sus ojos. Sin máscara estoica. Sin resistencia. Sin ocultarse más.

Ella levantó la mano y tiró de su cabeza hacia abajo en un beso.

Él respondió de inmediato, tomando la iniciativa con manos fuertes y la boca hambrienta. Ella se quedó sin aliento cuando finalmente se echó hacia atrás y la tomó en otro abrazo.

—¿Así está bien? —le preguntó al fin, aferrándose a él porque se sentía demasiado débil como para permanecer aún en pie—. Sé que es mucho pedir para ti, así que si realmente no quieres...

—Por supuesto que quiero. Es lo que he deseado durante tanto tiempo. Simplemente no creí que alguna vez fuera a suceder.

—Bueno, eso es porque eres un idiota.

Él se rió, y sus brazos se apretaron aún más alrededor de ella.

—No voy a discutir contigo acerca de eso.

Ella se enderezó, aunque seguía sosteniendo su camisa. La tela estaba húmeda y arrugada irremediabilmente.

—¿Crees que tal vez podríamos salir del baño ahora? Me gustaría algo así como sentarme.

Estaban sonriendo cuando salieron del baño, ambos luciendo un poco desgastados. Una enfermera que pasaba enarcó las cejas por las nubes cuando los vio.

Volvieron a la habitación de su madre y se sentaron. Claire estaba tan agotada por la intensidad de las últimas veinticuatro horas que era casi incapaz de hablar. Michael parecía comprender que necesitaba silencio para restablecer su equilibrio, y no intentó comprometerla por un largo tiempo.

Ella pensó que probablemente él también agradeció el silencio.

Después de aproximadamente media hora, su madre comenzó a despertar. Estaba desorientada al principio, pero aceptó la taza de té caliente que le preparó y pareció muy complacida por el placer inesperado de su visita en la mitad del día.

Ella parecía más lúcida que cuando Claire la había visto la noche anterior, y con el tiempo sus ojos se posaron en Claire.

Su mirada corta iba de Michael a Claire y luego de vuelta otra vez.

—¿Es esta la indicada? —preguntó suavemente.

Michael miró a los ojos de Claire brevemente antes de responder.

—Ella es la única.

—¿Todo está bien?

—Sí, todo está bien.

Por un momento, Claire estaba segura de que la mujer sabía exactamente lo que estaba pasando y lo que las palabras de su hijo querían decir. Pero luego derivó en la desorientación de nuevo porque murmuró:

—Siento mucho lo de la bicicleta.

—¿Qué es lo de la bicicleta? —preguntó Claire, en parte por curiosidad, en parte porque su madre la miraba cuando dijo las palabras.

—No es nada. Sólo una vieja historia del pasado. —Michael había apartó la mirada con timidez.

—No es nada —dijo su madre—. Él sólo tenía diez años, y que quería una hermosa bicicleta azul de diez velocidades. No podíamos permitirnosla, por

lo que trabajó todo el verano cortando el césped para ahorrar dinero para ella. Trabajó semanas, semanas y semanas. Demasiado duro para un niño pequeño.

Levantando la mano contra su pecho ante la idea de Michael como ese chico, Claire le preguntó:

—¿Qué pasó?

—Alguien robó su dinero. Un niño de más edad en el barrio.

—Oh, no —susurró Claire, con la voz quebrada. Miró a Michael, quien no quiso mirarla a los ojos.

—Él sabía quién era y trató de recuperarlo. Volvió negro y azul con una costilla rota. No nos dijo quién le había hecho eso. —El recuerdo dañó tanto a su madre que corrían las lágrimas en uno de sus ojos—. Sólo tenía diez años. Mi pobre niño.

—Oh, no —dijo Claire otra vez, tragando más de la emoción—. ¿Él nunca tuvo la bicicleta?

—Tratamos de ahorrar lo suficiente para comprarla por él, pero simplemente no podía arañar lo suficiente. Nunca tuvo la bicicleta. Lo siento, Mikey.

—No es tu culpa. —La voz de Michael era más dura de lo normal—. Por favor no te preocupes, mamá. Fue hace mucho tiempo. Nunca necesité la bici.

Si ella no había entendido antes por qué la había dejado esa mañana, lo entendió perfectamente ahora.

De alguna manera, Michael todavía era ese chico, ese chico que trabajaba muy duro y esperaba nunca realmente conseguir lo que quería. Tanto es así que no se sentía cómodo pidiéndolo.

Incluso con el tiempo de silencio para la recuperación que había tenido antes, era todavía demasiado para Claire. Tenía que salir de la habitación.

Caminó por los pasillos durante unos minutos, tratando de calmarse, diciéndose que era sólo emocional, ya que habían sido unas largas veinticuatro horas, que iba a volver a su normal y tranquila compostura pronto.

Muy pronto.

Había vagado por una pequeña área de recepción y estaba mirando placenteramente por la ventana el agradable y hermoso césped, cuando sintió un brazo abrigado y cálido alrededor de su cintura desde atrás.

Michael se presionó en su espalda.

—Hola —lo saludó.

Él había inclinado su cabeza al ver su expresión.

—Fue hace mucho tiempo, Claire. No fue gran cosa.

Ella temblaba de emoción reprimida.

—Fue una gran cosa. Fue... fue terrible.

—Mi mamá se ha colgado con eso, pero en realidad no había ningún tipo de tragedia. Por favor, no te alteres por eso. Fue una de las cosas.

Ella perdió su lucha por el control. Se dio la vuelta y lloró varias veces en su pecho.

—Maldita sea, Claire —dijo él, abrazándola muy fuerte—. Por favor no llores por algo tan tonto.

—No puedo evitarlo —atragantó las palabras hacia afuera, tirando hacia atrás y mirándolo—. Me encanta ese niño.

Su rostro se suavizó.

—Ese niño no ha existido en un tiempo muy largo.

Ella olfateó.

—Me encanta el hombre también.

Él tomó su cara tan pronto se quedó sin aliento.

—¿En serio?

—Bueno, sí. ¿No me amas tú también?

Se inclinó hacia adelante y la besó, todavía ahuecando su cara como si hubiera sido preciosa.

—Por supuesto, te amo.

—Bien. Me alegro. —Ella pasó de un pie a otro—. No me gusta romper el momento romántico, pero si no consigo pronto algo de tiempo a solas, literalmente me voy a desmayar.

Michael se rió.

—Tengo algunas cosas que hacer de todos modos. Podemos encaminarnos y salir. Déjame despedirme de mi madre.

Cuando regresaron a la habitación, su madre estaba fuera de sí de nuevo. Debía estar cansada, ya que no parecía saber quiénes eran o qué estaba pasando. Pero murmuró una pregunta a Michael:

—¿Así que finalmente obtuviste la bicicleta?

Michael hizo una pausa por un momento antes de responder. Pero luego dijo:

—Sí. Conseguí la bicicleta.



Claire se despertó sintiéndose agradablemente aturdida y mucho menos forzada emocionalmente.

Había llegado a la casa de su padre y se había ido de inmediato a tomar una siesta de dos horas. No importaba cuán completamente enamorada estaba o

cuánto júbilo sentía por estar en contacto con Michael. Todavía necesitaba un poco de tiempo a solas si quería funcionar.

Se sentía bien mientras se estiraba en la cama de la habitación en la que había crecido. Estaba acostada arriba de las sábanas, con sólo una manta de cachemira tirada encima.

Se preguntó lo que Michael estaba haciendo. Había ido a la casa con ella, pero asumió que se había ido a su casa después.

Con ese pensamiento, alargó la mano para coger el teléfono y marcó su número.

—Hola —dijo él cuando respondió, su cálida voz de una manera que le daban ganas de derretirse en un charco lleno de savia.

—Hola. ¿Dónde estás?

—Abajo, en la oficina.

Ella dio un bufido indignado.

—Se supone que estás de vacaciones.

—Estaba limpiando algunos cabos sueltos. No tenía nada más que hacer.

—Bueno, podrías tomarlo con calma.

—Estoy feliz de tomarlo con calma ahora. ¿Estás lista para un poco de compañía?

—Claro. ¿Qué quieres que haga?

En lugar de una respuesta, oyó un golpecito en la puerta de su dormitorio. Se rió y gritó:

—Adelante.

Michael entró en la habitación con una sonrisa y cerró la puerta detrás de él. Parecía absolutamente adorable en sus pantalones arrugados y camisa de vestir, pero también se veía muy cansado. Podía verlo en sus ojos y en su postura. Su sonrisa se desvaneció, entonces ella dijo:

—Deberías haber tomado una siesta también.

Ya que ella no hizo ningún movimiento para salir de la cama, se acercó a sentarse en el borde.

—No estoy dispuesto a dormir la siesta en la mitad del día.

—Bueno, deberías reconsiderar esa inclinación. No dormiste en toda la noche, ¿verdad?

—No.

—¿Incluso después de que capturaste a ese tipo?

Él dio un medio encogimiento de hombros.

—¿Por qué no?

Miró lejos.

—Michael, ¿por qué no?

—Pensé que sería mi única noche contigo. No iba a perder nada de ella durmiendo.

Ella estaba bastante segura de que su rostro reflejaba la oleada de emoción que sentía cuando extendió sus brazos para tirar de él en un abrazo. Cuando finalmente se separaron, él estaba tumbado en la cama junto a ella.

—No te pongas cursi por mí —murmuró él con sequedad—. Una de las cosas que me gusta de ti es que no siempre te sientes obligada a hablar.

Ella hizo una mueca.

—No dije ni una palabra.

—Uh, huh. —Él se volvió de lado para mirarla.

—¿Hablaste con mi padre acerca de tu trabajo?

—Sí. Tengo todo un mes de vacaciones acumuladas, así que me dijo que los tomara. Luego me dijo que hay un puesto de seguridad en el estudio que se

va a abrir el próximo mes. El que me ofreció hace unos años. Dijo que no habría ningún conflicto de intereses con mi trabajo en ese puesto.

Ella se animó con ese trozo de noticia.

—¿En serio? ¿Y tu mamá?

—Él dijo que debería quedarse donde está. Traté de discutir, pero no cedió.

—Se enorgullece en el cuidado de su gente. Sólo va a ofenderse si no se lo permites.

—Es bastante genial. —Ella floreció, como si le hubiera dado un cumplido personal.

—Sé que lo es.

Michael se inclinó a darle un besito.

—Tiene una hija bastante genial.

Ella sonrió contra sus labios, pero estaba frunciendo el ceño mientras se apartó.

—Rechazaste ese trabajo antes. ¿Estás seguro de que serás feliz haciendo eso?

—Por supuesto. Es un gran trabajo y de lo que me gusta.

—Entonces, ¿por qué lo rechazaste antes?

Él miró lejos otra vez, como siempre hacía cuando no quería contestar. Ella no quería forzarlo a responder si se sentía incómodo, pero también quería saber.

—¿Tuvo algo que ver conmigo?

—Tal vez. —Cuando ella seguía mirándolo, él finalmente admitió—: Nunca te habría visto si hubiese tomado ese trabajo. No creía que pudiera tenerte, pero todavía quería verte.

Su rostro se torció ligeramente.

—No —advirtió—. Recuerda lo que te dije sobre ponerte cursi.

Ella se ahogó en una risita.

—Bueno, en realidad estás presionando mi capacidad de resistir. Soy una chica, ya sabes.

—Soy muy consciente de ello. —Su voz sonaba un poco espesa, de una forma que le dieron ideas muy particulares. Como si estuviera leyendo su mente, le preguntó en el mismo tono:

— Entonces, ¿cómo te sientes?

—Bien.

—¿Tuviste suficiente tiempo a solas?

—Sí.

—Entonces, ¿qué quieres hacer esta tarde?

Ella sabía lo que él quería hacer. Podía ver la tensión caliente ardiendo en sus ojos. Pero él no había hecho ningún movimiento, manteniéndose de nuevo en la forma en que siempre lo había hecho.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó ella.

—Soy flexible.

Un poco preocupada de que él fuera a continuar con su viejo hábito de la autonegación moderada, ella frunció el ceño.

—Esto no va a funcionar si no que me haces saber lo que quieres.

—Estás poniendo mucha presión sobre la elaboración de planes para la tarde, ¿verdad? —Ella ignoró su tono seco.

—Sabes lo que quiero decir. Estamos en una relación ahora, ¿no? Nunca esperaría que derramaras tus tripas, pero es necesario que me hagas saber lo que quieres y necesitas. Esto se trata tanto de ti como de mí.

Él no respondió, pero sus ojos se encontraron con los de ella y sabía que entendía lo que estaba tratando de decir.

Después de un minuto, ella volvió a preguntar:

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Me gustaría tener relaciones sexuales, si no es mucha molestia. —Ella se echó a reír y se volcó sobre él, amando la sensación de su gran cuerpo caliente y fuerte debajo del suyo.

—Creo que puedo salir del paso de una cosa así, pero va a ser un verdadero sacrificio de mi parte.

Sus manos se deslizaron hacia abajo para acariciar su trasero, y estaba sonriendo sólo con sus ojos.

—Si prefieres estar sola...

—Por supuesto que no. Soy tímida, pero eso no quiere decir que no me gusta tener mucho sexo.

—Me alegra oír eso.

Los dos estaban sonriendo cuando empezaron a besarse y, aun cuando se pusieron hambrientos y urgentes, no dejaron de sonreír. Ninguno de los dos se había transformado en gente nueva, pero igualmente todo había cambiado.

Y lo que había sucedido en sólo una noche.

Fin



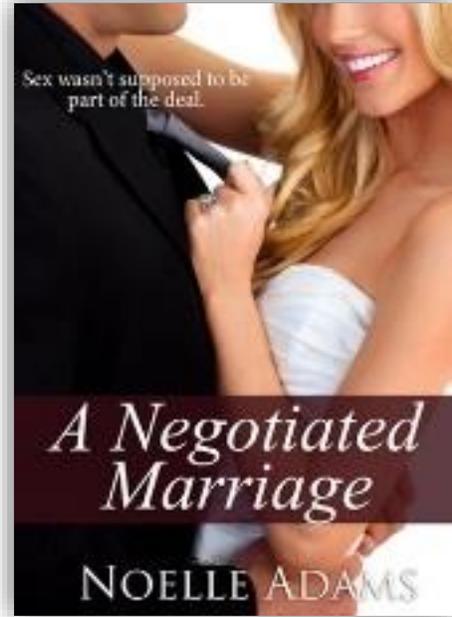
Sobre la autora

Noelle escribió su primera novela romántica en un cuaderno de espiral cuando tenía doce años, y no ha dejado de escribir desde entonces. Ha vivido en ocho estados diferentes y actualmente reside en Virginia, donde enseña inglés, lee cualquier libro que tenga en sus manos, y consiente a un muy mimado cocker spaniel. Le encanta viajar, el arte, la historia, y el helado. Después de pasar demasiados años de su vida en la universidad, ella ha decidido reorientar sus prioridades y centrarse en escribir novelas contemporáneas.

A Negotiated Marriage

No se suponía que el sexo fuera parte del trato.

A tres años de un matrimonio de conveniencia, el esposo de Molly, un importante CEO, quiere añadir un nuevo término a su contrato de matrimonio. Sexo sin desordenadas ataduras emocionales. Pero el sexo semanalmente con Luke, a pesar de sus términos cuidadosamente negociados, probablemente va a suponer un problema con el tiempo.



Con un acuerdo mutuamente beneficioso, Molly no va a enamorarse de Luke como se enamoró de un antiguo amante, sólo para ser aplastada al final. Ella se compromete a mantenerse fuerte, no importa cuánta intimidad se desarrolle entre ellos en la cama. Cuando su antiguo amante regresa, finalmente queriendo una relación real, Molly tiene la oportunidad de dar su corazón a un hombre que lo aceptará.

Es una lástima que ahora quiere dárselo a su esposo, quien nunca ha admitido que su corazón es lo que él quiere.



Noelle Adams

Whit her bodyguard

Traducido, corregido,
revisado y diseñado en
PROCRASTINATION
Books

Disclaimer:

Realizado sin fines de lucro para promover la lectura. Apoyemos a los autores y editoriales comprando el original.

Página 105



Procrastination Books

One night...